



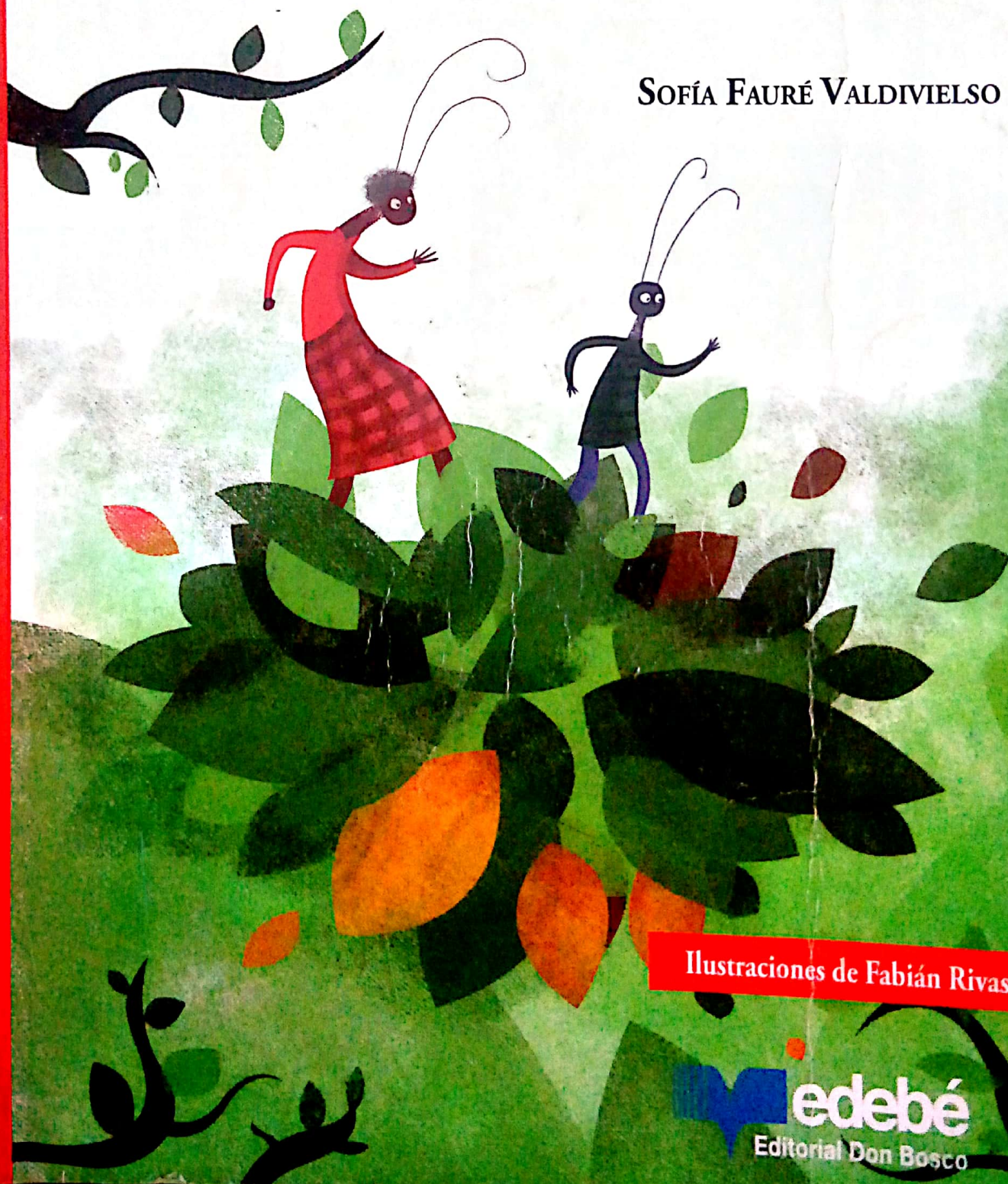
TRICAHUE ROJO

COLECCION

# Las aventuras de Herbert,

la hormiga que quería ser oculista

SOFÍA FAURÉ VALDIVIELSO



Ilustraciones de Fabián Rivas

**edebé**  
Editorial Don Bosco



# Índice

|                                               |     |
|-----------------------------------------------|-----|
| Una carta muy singular .....                  | 7   |
| Las responsabilidades de un hijo mayor .....  | 11  |
| Lo que puede pasar cuando no se ve nada ..... | 17  |
| Se inicia el viaje .....                      | 21  |
| Recuerdos de la infancia .....                | 29  |
| Asustantes en el camino .....                 | 34  |
| Una pena que paraliza .....                   | 42  |
| La estampida .....                            | 49  |
| Un buen baño .....                            | 56  |
| El accidente .....                            | 61  |
| El guardián de los caminos .....              | 69  |
| Hierbas y miel: un gran remedio .....         | 75  |
| Una gran actuación .....                      | 81  |
| La llegada al pueblo .....                    | 89  |
| Por fin en casa del oculista .....            | 99  |
| Mensajeros de noticias tristes .....          | 105 |
| El pueblo se reúne .....                      | 112 |
| La emboscada .....                            | 118 |
| Una sorpresa de sueño .....                   | 127 |



## Una carta muy singular

**E**l joven Herbert, una hormiga de 17 años. de edad, corría por el camino en su aerodinámico monopatín fabricado con las ruedas de un viejo autito plástico y un trozo de madera de naranjo. Iba bastante distraído, pensando en que este sería su primer verano como adulto. Claro, porque ya no iba más a la escuela, y debía buscar un oficio para ayudar a su madre y sus hermanos pequeños.

A lo lejos divisó una veloz bicicleta. Venía capitaneada por el señor Cartero, quien entregaba las cartas de ida y recogía las respuestas de vuelta. Así todos se mantenían comunicados.

Al pasar cerca de Herbert, el mensajero saludó al muchacho con un gesto rápido y siguió pedalando. No se dio cuenta de que una carta cayó de su morral.

—¡Señor Cartero, señor Cartero, se le cayó una carta!

Pero la bicicleta ya estaba lejos.



Herbert recogió la carta y montó en su monopatín. Tomó vuelo y emprendió la persecución. Bajó por el camino mientras le gritaba al cartero para que se detuviera, pero este no escuchó. El chico se detuvo agotado viendo cómo el cartero se perdía entre los árboles.

—Uf, qué cartero tan veloz. Tan veloz y tan sordo. Si no entrega esta carta a su destino, no habrá respuesta para quien la escribió. Vamos a ver el sobre. Entonces la hormiga sacó el sobre que había puesto en el bolsillo de su chaqueta y leyó:

—*Ayúdame que te ayudaré. ¿Qué es esto? ¿Una broma?*

Miró el sobre por todas partes. Tenía un brillante borde rojo y las letras eran tan verdes como una lechuga. Estaba cerrado y no tenía remitente. Y lo único que se leía era “Ayúdame, que te ayudaré”.

—Vaya, qué sobre tan curioso. ¿A quién estará dirigida esta carta y quién la habrá escrito?

Intentó ver el contenido a través de la luz del sol, pero no se veía nada. Movió el sobre por si tenía algún objeto dentro. Incluso olió el papel. Nada. Miró a su alrededor por si alguien lo miraba. Sabía que nunca debía abrir un sobre si no estaba dirigido a él. Pero este sobre no estaba dirigido a nadie. O tal vez estaba dirigido a

alguien que necesitaba ayuda... como él. Abrió lentamente el sobre.

*Si has abierto este sobre, es porque necesitas ayuda.*

*Pues yo también.*

*Soy un viejo OCULISTA con mucho trabajo y necesito un aprendiz-asistente.*

*Si me ayudas, te enseño lo que sé.*

*Búscame en el pueblo, en Avenida Circunvalación 42.*

*Mi casa tiene ventanas rojas y una puerta azul.*

*Te estaré esperando.*

El muchacho volvió a leer la carta una y otra vez. Si soy su aprendiz-asistente, me enseñará a ser oculista. Es bueno, porque tendré trabajo y podré ayudar a mi madre y mis hermanos y tal vez me sobre un poco de dinero para comprarme una moto de verdad. Pero hay un solo problema... no sé lo que es un “oculista”.



# Las responsabilidades de un hijo mayor

**H**erbert llegó a la casa justo a la hora de almuerzo. Su madre había preparado unas ricas espinacas guisadas. Habría sido la comida favorita de todos, si no es porque confían lo mismo cada día. Mamá les hacía creer que repetía el menú porque era muy sano, pero el muchacho sabía que en el huerto familiar sólo había espinacas. Eran hormigas muy pobres.

Cuando terminaron, los niños salieron a jugar y Herbert ayudó a levantar los platos.

—Mamá, ¿qué es un oculista?

—¿Un qué? —preguntó extrañada.

—Un oculista.

—No tengo idea. Nunca había escuchado esa palabra. Suena como una enfermedad contagiosa, o como un insecto que habita en los árboles y se lo devora todo.

—¿Bromeas?

—Claro que no. No sé lo que es un oculista.





Esperó un momento y cambió de tema.

—Hijo, ¿has pensado en algún trabajo para realizar este verano?

—No... bueno, tal vez —contestó el muchacho—. Tal vez se me esté ocurriendo algo. ¿Sabes a quién le puedo preguntar?

—¿Qué cosa?

—¡Oculista!

—Bien, tal vez a Gillie Lemus. Es la hormiga más anciana de por aquí. La conocí hace algunos años. Es inteligente y divertida. Puede ayudarte.

Después de que terminaron de ordenar, Herbert puso algunas provisiones en su bolso y emprendió el camino hacia la casa de la señorita Gillie Lemus. Antes de irse le prometió a su madre que sólo volvería si tenía un buen trabajo. Su madre lo besó en la frente y le sonrió emocionada.

—Eres un buen hijo, Herbert. Cuando tu padre regrese, estará orgulloso de ti.

El camino fue bastante largo. Su madre le había dado las instrucciones y había que avanzar hacia el sur y un poco al este, en el sauce llorón. Luego atravesar la siembra de maíz y ahí estaba la casa de Gillie, en un hueco de un castaño muy frondoso.





Era algo tarde cuando llegó. Tocó la puerta varias veces, pero nadie le abrió. Entonces descubrió un pequeño letrero que decía: *Estoy en el río*.

Dejó su monopatín estacionado en la puerta y caminó al otro lado del árbol. El sonido del agua lo guió hasta el río. Entonces descubrió a Gillie Lemus. Era una hormiga flaca y alta. Estaba agachada en cuatro patas, tanteando la tierra como quien busca algo desesperadamente. De vez en cuando acercaba la cara al piso y olía las raíces y las hojas.

—Mmmm, no... no es... mmmm, mmmm, no, tampoco. ¿Pero, dónde estarán?

—¿Señorita Lemus? ¿Gillie Lemus?

Gillie se detuvo impresionada. Miró a su alrededor, pero no vio a Herbert.

—¿Quién me llama?

—Yo. Soy Herbert, hijo de Molly. Ella vive al otro lado de la siembra de maíz —contestó el muchacho un poco desconcertado—. ¿Podía ser que la hormiga no pudiera verlo?

—¡Herbert, hijo de Molly! Claro que la recuerdo, buena hormiga. ¿Eres su hijo? ¿Cuál de ellos?

—El mayor. Acabo de terminar la escuela y busco un trabajo.

—Ah, qué chico tan responsable. Tus padres deben estar muy orgullosos de ti.

—Bueno, sí. Mi madre sí. Mi padre... —a Herbert le costaba hablar de su padre—. Hacía algunos meses que había salido a buscar comida y nunca regresó. Era común que las hormigas sufrieran accidentes. Pero Herbert no quería aceptarlo.

—Supongo que mi padre también estaría orgulloso.

La señorita Lemus se quedó mirándolo con tristeza. Pero su mirada parecía no enfocarse hacia el lugar donde estaba el muchacho.

—Oye, Herbert, ¿podrías ayudarme?

—Claro. ¿Qué quiere que haga?

—¿Me ayudas a encontrar unas hojitas de menta? Quiero preparar un té y si las encuentras, te puedo invitar una taza.

—Sí, gracias.

Ambas hormigas se agacharon a buscar y muy pronto Herbert encontró la planta de menta y sacó unas cuantas hojitas olorosas. Se dirigieron a la casa de Gillie mientras el Sol se escondía en el horizonte.



# Lo que puede pasar cuando no se ve nada

**T**e quedarás aquí esta noche. Tu madre no querría que pases peligro y mucho menos si te mandó a mi cuidado —dijo la señorita Lemus mientras echaba agua hirviendo en las tazas—. Sacó también unas galletas de una caja de metal y las puso en un plato junto a Herbert. Come, chico, come. ¿Cuántas cucharadas de azúcar?

—Dos por favor —respondió el muchacho mientras la señorita Lemus vería el azúcar en la taza y revolvía con esmero—. Tómalo caliente. No hay nada mejor que un té caliente después de un largo viaje. Vas a dormir como los angelitos.

Herbert sonrió. Tanta amabilidad de esa hormiga lo hacía sentir lleno de esperanzas. Tomó un sorbo y... ¡guaij!, qué asco! ¡Era el té más asqueroso que había probado en su vida! Miró dentro de la taza y sólo vio las hojas que él mismo había tomado en el río.



—Bebe, niño, bebe. ¿Quieres más?

—No, gracias —dijo nervioso, pero la hormiga le sirvió otro poco de agua.

—Tal vez te gusta más azucarado, —entonces tomó el recipiente del azúcar y le puso dos cucharaditas más. Estaba tan contenta de tener visitas. Tal vez nunca nadie venía a su casa—. Voy a buscarte una frazada. Las noches son un poco frías por acá.

Herbert esperó que Gillie le diera la espalda para revisar el contenido del azucarero. Metió su dedo dentro y probó un poco.

—Sal —dijo—. O ella no tiene gusto o está completamente ciega.

—Entonces miró a su alrededor. Todo estaba bastante desordenado. Había cosas fuera de lugar, los cuadros estaban chuecos, había objetos esparcidos por el piso y gran cantidad de polvo cubría todo. La hormiga buscaba la frazada dentro de un clóset lleno de cosas. Tocaba cada objeto con cuidado y luego lo dejaba a un lado, hasta que la encontró.

—Aquí está, querido. Puedes acostarte en el sillón. Es muy cómodo.

—Señorita Lemus, me dicen que usted sabe muchas cosas.

Gillie rió.

—Sé porque soy vieja, nada más. ¿Por qué la pregunta?

—¿Sabe lo que es "oculista"?

—¡Ajá! —dijo la hormiga y se dirigió a la repleta estantería.

Tomó el libro más grande y pesado del librero y lo puso sobre la mesa.

—Este es un diccionario. Es uno de los libros más interesantes y educativos que conozco. Busca la palabra en la letra "o".

Herbert abrió el libro y se dio cuenta de que adentro no había nada. Ni palabras ni tinta ni páginas. Sólo algunos restos de papel a medio comer. Una pareja de termitas lo miraron molestas y se escondieron en medio del libro. Estaba casi completamente deshecho.

—Señorita Lemus, ¿sabe usted que tiene termitas en su casa?

—¡Termitas, Santo Dios! ¡No puede ser! Juntos revisaron la casa y se dieron cuenta de que los devoradores insectos ya habían atacado todas sus pertenencias. Muebles, ropa, libros, todo. Al parecer el castaño había sido víctima de una plaga de termitas que estaban alimentándose hacía mucho tiempo. Y Gillie Lemus no lo había notado. A decir verdad no notaba nada porque no veía nada. Estaba casi ciega.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡Por eso no encontraba las cosas, las termitas se las habían comido!



¡Ja, ja, ja!, ¡qué suerte la mía... y yo nunca vi nada...!

—dijo la hormiga riendo a más no poder.

La madre de Herbert tenía razón, Gillie Lemus era la más divertida de las hormigas. Después de reírse un buen rato, estiró la frazada en el sillón. Se sentó en una carcomida silla del comedor y sólo paró de reírse con la pregunta del muchacho.

—Señorita Lemus, ¿sabe lo que es un oculista?

—¿Por qué quieres saber lo que es un oculista?

—Porque hoy recibí esta carta —le mostró el sobre—. Es de un oculista del pueblo que necesita un asistente-aprendiz. Dice que si lo ayudo, él me explicará lo que sabe.

—Gran cosa, Herbert. Un oculista es precisamente lo que necesito. Si tuviera un par de anteojos no me pasarían tantas desgracias.

—¡Pero, ¿qué es un oculista?!, —gritó Herbert, impaciente.

—Un oculista es un doctor que mejora los ojos. Creo que necesitarás una acompañante con experiencia y yo un compañero con buena vista. Juntos vamos a ir a conocer a ese doctor.

## Se inicia el viaje

**E**l Sol estaba a punto de salir. Gillie le había explicado a Herbert que sería un largo viaje y debían iniciarlo tan temprano como fuera posible. Y para evitar accidentes, el muchacho paró el desayuno, mientras la anciana buscaba una serie de objetos extraños y los ponía en una canasta.

—Vaya señora, ¿para qué poner tantas cosas si lo que necesitaremos es comida? El viaje al pueblo podría demorar al menos tres días.

Entonces Herbert puso en la canasta todos los alimentos que encontró en la despensa y que no habían sido devorados por los bichos. Cerraron bien la casa y salieron a la luz.

—¿Alguna vez montó un monopatín?

—¿Un qué? —dijo la señorita Lemus, algo contrariada.

—Un monopatín. Se parece un poco a una moto, pero hay que ir de pie. En ella llegaremos sin problemas. Es muy rápido y cómodo, aunque nunca he llevado tanto peso.

—¿Estrás diciendo que soy gorda?



—Claro que no —dijo Herbert—. Me refiero a la canasta.

La señorita Lemus se rió con ganas. Afirmó con fuerza la canasta en su hombro y se subió al monopatín.

—Me encantan las aventuras... y la velocidad.

Espero que tu moto sea muy rápida.

—No es una moto —respondió el chico un tanto avergonzado—. Es un...

—¡Sí, ya lo dijiste! ¿Qué esperas, que llegue la noche y sigamos discutiendo los detalles? ¡Vamos, chico, mueve el pie!

Herbert se subió a la delantera del monopatín y tuvo que hacer un gran esfuerzo para moverlo. Pero como el camino era de bajada, pronto estaban equilibrándose y dejando que el viento rozara sus suaves rostros de hormigas.

La mañana pasó rápida y sin percances. Gillie insistió en detenerse a comer el almuerzo debajo de un hermoso aroma lleno de olorosas flores amarillas. Comieron con gusto algo de pan y una mermelada de frutilla. Hacía tiempo que el muchacho no probaba una comida tan rica, y se sintió tan satisfecho que sin quererlo se quedó profundamente dormido.

Sonó que conducía una motocicleta roja y brillante. Era tan hermosa que todos se daban vuelta

a mirarlo. Las hormigas mayores le lanzaban flores y las más jóvenes le tiraban besos. Subió por una colina desde donde podía ver el pueblo. Un instante después estaba en la casa del doctor oculista, rodeado de lentes de todas las formas y tamaños. Gillie Lemus se acercaba a él muy cariñosa y le decía: "Herbert, ayúdame querido. Necesito unos lentes, ¿me puedes dar esos de marco azul?... Herbert, ¿me oyes?... ¡Herbert, necesito ayuda!... ¡Herbert!... ¡Herbert despierta!... ¡Herbeeeeeeert!

En ese instante Herbert despertó asustado. Se oían los gritos lejanos de la señorita Lemus. Miró a su alrededor y no estaba en ninguna parte. Entonces un nuevo grito le ayudó a encontrarla.

—¡Santo Dios!, ¿qué está haciendo ahí?

La hormiga estaba sentada en el medio de una hoja, navegando en un gran charco de agua.

—¡Reacciona niño, sácame de aquí! —gritó la hormiga desesperada.

—¡Pero, ¿cómo llegó hasta allá?!

—¡Qué importa eso, ayúdame que la hoja se está llenando de agua y me voy a ahogar!

Herbert corrió en todas las direcciones hasta que se le ocurriera qué hacer. Tomó una rama, pero se le quebró de inmediato. Tomó otra, pero era muy corta.

—¡Herbert, de prisa, me ahogo, me ahogo!



Entonces encontró una gran rama que apenas podía sostener con las dos manos. La arrastró con dificultad hasta el charco y la metió en el agua. Y con los pies la empujó hasta llegar a la hoja. La vieja hormiga se mantenía tan quieta como podía, pero el agua ya le llegaba a las rodillas.

—¡Tengo miedo, Herbert, no quiero morir, tienes que sacarme de aquí!

—¡Sujétese al palo, yo lo tiro hacia fuera!, —indicó el muchacho.

—¡Pero es muy grande, no te lo vas a poder!

—¡Sí me lo voy a poder, confíe en mí, soy su única esperanza!

Ante tal declaración, la señorita Lemus se subió a la rama y se agarró con fuerza. Herbert tiró hacia fuera, pero la rama se trancó en el barro y no se movió más.

—¡Socorro, me mojo, me mojo! —gritó Gillie, llorando.

—¡Tranquílcese y trate de llegar hasta la orilla por arriba de la rama!

—¡Me voy a caer, no veo nada!

—¡Entonces voy por usted!

El chico se equilibró y caminó por la rama hasta llegar a Gillie.

—¡Déme la mano, señorita Lemus, juntos podemos salir de esta!





Gillie tomó la mano del muchacho y caminaron lentamente hacia fuera del charco. Se sentaron en la tierra seca y se quedaron mirando el agua en silencio, por largo rato. Entonces Gillie se empezó a reír. Primero fue solo una sonrisa, pero luego las risas se convirtieron en carcajadas. La hormiga se retorcía de alegría y casi lloraba de tanta risa.

Mientras tanto, Herbert la miraba muy serio, hasta que no aguantó más.

—¿Me puede decir qué le pasa? Casi nos ahogamos los dos, ¿y usted se ríe? ¿Se volvió loco?

—No, no estoy loco. Sólo quería lavarme las manos después de almorzar y como no veo muy bien, me subí en esa hoja que se movió hacia dentro del charco—respondió Gillie y continuó riéndose.

—¡Pero sigue riéndose! —gritó indignado.

—¡Claro que sigo riéndome! ¡Estoy feliz porque no me morí!... ¡No nos morimos! ... ¡Vamos niño serio, riéte también!

—No soy un niño, señorita Lemus, y le salvé la vida, ¿se dio cuenta?

—Claro que me di cuenta, —respondió Gillie más tranquila—. Me di cuenta de que casi morí ahogada en un charco y que con gran esfuerzo me salvaste. Y te estoy agradecida, querido mío, muy agradecida. Por eso me río, porque estoy feliz de estar viva.

El muchacho comprendió. La vieja hormiga tenía una forma muy particular de ver la vida. No se hacía problemas con nada y cada evento era una aventura más. Tenía razón. La vida hay que vivirla con una sonrisa. Afortunadamente, ambos se habían salvado y podían continuar el viaje.



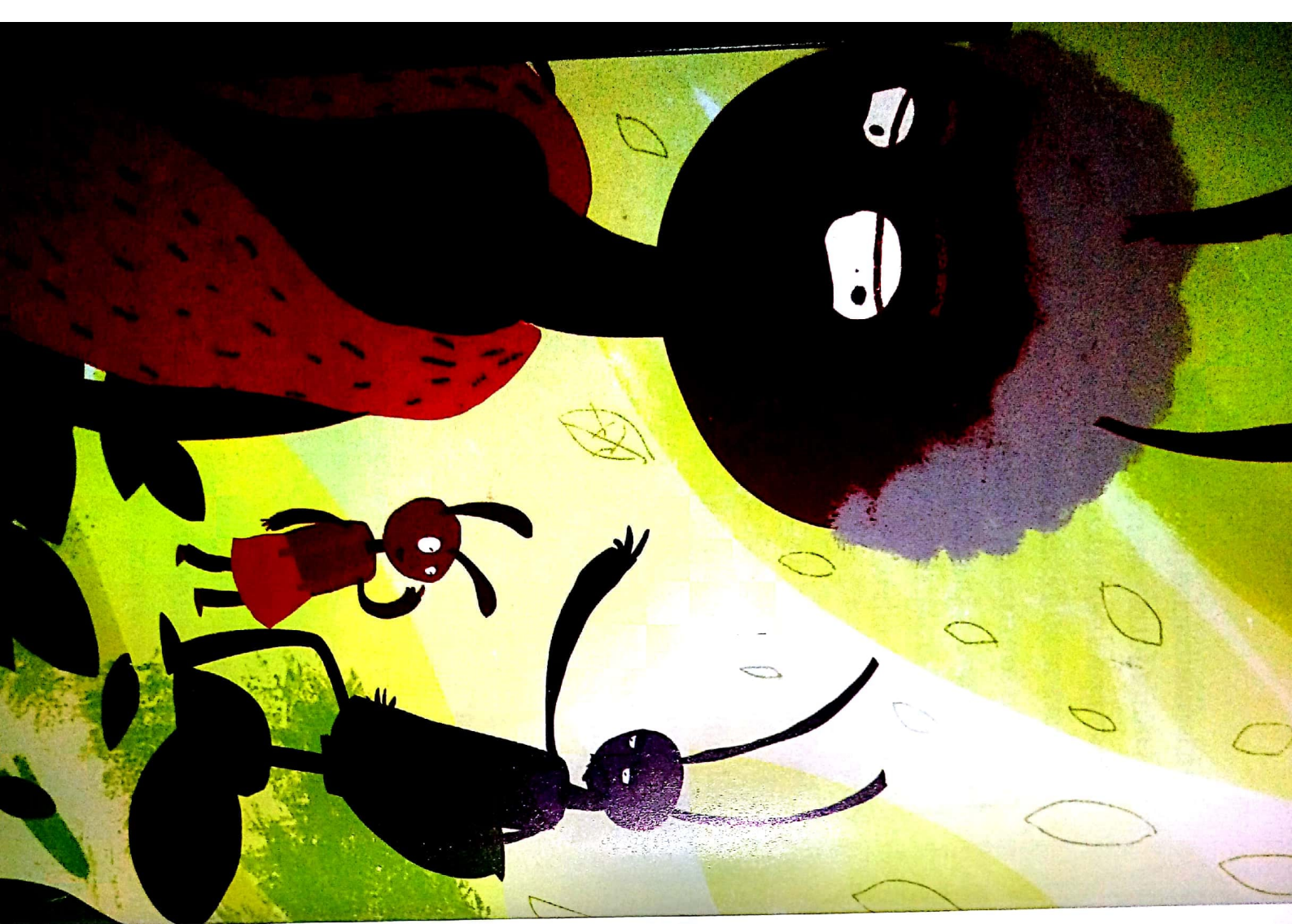
## Recuerdos de la infancia

Por un largo rato avanzaron en el monopatín, pero pronto el camino comenzó a ascender, de modo que lo más fácil era caminar. No parecía una ruta habitual, porque en todo ese tiempo, no pasó animal o insecto alguno. Herbert se preguntaba si sería ese el camino hacia el pueblo. Miró hacia atrás y la señorita Gillie caminaba confiada y alegre, como siempre.

—Supongo que si ella dijo que tenía experiencia, se habrá referido a que conocía el camino, —pensó mirando con disimulo a la hormiga—. Por otra parte, estando tan ciega como está, sería difícil que pudiera distinguir una ruta de otra. ¡Santo Dios, tal vez estamos perdidos!, pensó contrariado, pero sus pensamientos cesaron de pronto, con un alarido de Gillie.

—¡Ay, qué cosas! ¿quién pone ramas tumbadas en el camino?

Herbert se dio vuelta y Gillie estaba de rodillas en el suelo.





—¿Qué pasó, señorita Lemus? ¿Qué hace en el suelo?

—¿Qué crees que hago? ¿Busco gusanos para la cena? ¡Me caí, muchacho, me di contra el piso por que alguien puso una rama atravesada en el camino! Ya no se puede confiar en nadie...

—¿Está bien? —dijo Herbert levantando a la anciana con cuidado y ayudándola a sacudirse.

—¡No me sacudas, que no soy una pulga!

—Muy bien, muy bien, no la sacudo, pero quiero que sepa que nadie ha "puesto" una rama en el camino para que usted se caiga. Solo se cayó y ya.

—Ah, ¿y cómo estás tan seguro de eso?

—Sólo lo sé—dijo el muchacho un tanto enojado y se sentó en la rama.

—¿Qué pasa, Herbert?

—Señorita Lemus —dijo el muchacho poniéndose serio—. ¿Usted ha ido alguna vez al pueblo?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Nunca —dijo Gillie sentándose junto a él.

—Entonces, cómo sabe que vamos en la dirección correcta —preguntó el muchacho desconchado.

—Porque este es el camino. Solo por eso.

—Muy bien —volvió al ataque—, si está tan segura de que este es el camino, dígame qué hay más adelante.

Gillie se levantó y miró a Herbert con una gran sonrisa. Luego cerró los ojos y dijo:

—“Después del aroma en flor, hay un camino largo que baja y luego sube. A los ciento veintitún pasos en subida, un cedrón a la izquierda y un bol-do a la derecha. Ahí siempre descansamos porque ya hemos caminado bastante. Por ese sector, pero fuera del camino hay un peral que no es muy alto y siempre comemos algo de fruta. Luego seguimos caminando y después de mucho andar encontramos granjas llenas de animales. Esos sectores están prohibidos para las especies pequeñas como nosotros. Al final de ese camino hay algunos huertos con frutas y verduras deliciosas y después vienen las ramas altas, que debemos pasar con mucho cuidado porque hay piedras enormes. Saliendo de ahí, está el rosal. Mmmmm, rosas blancas y amarillas, exquisito aroma. Entonces el camino hace una gran curva a la derecha, recto, a la derecha y luego a la izquierda y recto y luego a la derecha, pero debemos ir a la izquierda porque...”

—Un momento —interrumpió Herbert—. Si nunca ha ido al pueblo, ¿cómo puede describir el camino?



—Porque mi padre me enseñó. Yo era hija única, ¿sabes? Me quedaba con mi madre mientras él viajaba al pueblo una vez al mes para llevar a la Hormiga Reina. Era su chofer, —dijo con gran orgullo—. Yo me quedaba en el agujero del castaño, esperándolo, porque cuando llegaba de sus viajes, siempre traía los más maravillosos libros, llenos de imágenes y conocimientos que nunca hubiera aprendido sin ellos. Los cargaba en el carro de la Reina y ella no se lo impedía, porque le llamaba la atención que una niña tan pequeña estuviera interesada en leer. Yo leía todos los libros una y otra vez, hasta su próximo viaje cuando traía un libro nuevo.

La hormiga se quedó pensativa. Le brillaban los ojos con la emoción de recordar su feliz infancia.

—¿Y por qué nunca viajó con él?

—Una vez estuve a punto, pero empezó una lluvia fuerte y todos nos quedamos en casa. Y otra vez, en el verano, la noche anterior al viaje me salieron granitos por todo el cuerpo... Peste cristal; y otra vez, la última, estaba todo listo para viajar, pero la Reina invitó a una de sus hijas y ya no quedaba lugar en el carro. Eso es todo.

—¿Pero, por qué no insistió?

—Porque mi padre siempre decía: "Si a la tercera no resulta, es porque no debes intentarlo otra vez".

—Bien —dijo el muchacho recogiendo del suelo una rama bastante derecha—. Si su padre lo decía, debe ser así. Tome —le dijo y se la entregó—. Este será su bastón de hoy en adelante. —¿Un bastón? ¿Para qué? No necesito un bastón.

—Creo que sí. Han pasado muchos años desde los viajes de su padre con la Reina de las hormigas, y seguramente encontraremos muchas ramas cruzadas en medio del camino.

La señorita Lemus sonrió y tomó la rama. La apoyó con fuerza en la tierra, la acarició en toda su longitud y luego luchó como un espadachín. Y rió una vez más.

—Muchas gracias, Herbert. Acepto tu regalo.

Los dos continuaron el camino mientras empezaba a anochecer. Muy pronto llegaron hasta el cedrón y el boldo.



# Asaltantes en el camino

Gillie abrió la tapa de su canasta y sacó pan y miel. Estaban deliciosos. Al terminar, se apoyaron en unas flores olorosas al lado del camino, y rieron con gusto cuando se acordaron del charco y la rama en medio del camino.

—Lo mejor de todo —dijo Gillie—, fue que pudimos haber muerto, pero estamos más vivos que nunca.

—Eso es verdad —respondió el muchacho—. Fue un largo primer día de camino. Si seguimos a este ritmo llegaremos muy pronto al pueblo.

Mientras Herbert hablaba, la señorita Lemus arreglaba el interior de su canasta.

—¿Tendremos comida suficiente para los tres días de viaje? —preguntó el muchacho, preocupado.

—Claro que sí, y de sobra. Trajimos todo lo que había en casa. Todo lo que no estaba comido por las termitas.

Después de pensar unos segundos, Gillie preguntó:

—¿Quieres que te muestre algo?

Entonces sacó de su canasta una pequeña caja azul, de terciopelo. La miró por un momento y se la entregó a Herbert. El muchacho la tomó con cuidado y la abrió. Dentro había unos lentes. Miró a Gillie y ella le hizo un gesto para que los tomara con confianza. Eran los más hermosos lentes que había visto en su vida. Bueno, en realidad nunca había visto lentes tan de cerca, pero estos eran los más bellos, no había duda.

—Eran de mi padre —dijo la señorita Lemus con emoción—. Se los regaló la mismísima Reina de las hormigas cuando descubrió que tenía problemas para ver el camino.

—Entonces la mala vista le viene de su padre —dijo el chico, divertido.

La hormiga lo miró seria.

—Cuando mi padre murió me los dejó. Me había dicho: "Gillie querida, estos lentes son el tesoro más preciado que tengo. Cuídalos y úsalos si tu vista falla" —comentó.

—¿Y por qué los cristales están quebrados?

—A mi padre se le cayeron el día de su muerte. Yo los guardé y cuando los necesité no pude usarlos porque veía la vida en pedacitos, como los cristales



quebrados. La verdad, prefiero ver todo borroso, pero entero —rió la hormiga y guardó los lentes en su canasta.

—Ahora le podremos pedir al oculista que los repare.

—Claro que sí, claro que sí —respondió Gillie y se acomodó para dormir—. Es mejor que te duermas, querido, mañana nos levantaremos muy temprano.

—Sí, es verdad —respondió Herbert, acomodándose también.

La noche estaba tibia y más oscura que nunca. Apenas cerraron los ojos, el muchacho y la señorita Lemus se durmieron.

Herbert soñó entonces que estaba en una calle larga y vacía. Caminaba solo y de pronto miraba a su lado y su soñada motocicleta roja lo acompañaba. Tal fue su felicidad, que la moto tocó la bocina y encendió las luces para él. Parecía reconocer a su dueño. La acarició con cariño y la montó.

—¡Qué belleza, que perfección...! ¡En sus marcas!, —se oyó a lo lejos—. ... ¡Listos!... ¡Partieron!

Herbert miró hacia atrás y una gran cantidad de motos iguales a la suya venían tripuladas por motociclistas experimentados que iniciaban una carrera.

Vaya, pensó el chico, estoy en una pista de carreras, ¡a correr entonces! Encendió el motor y apretó el acelerador.

El sonido era ensordecedor. Todas las motos corrían a gran velocidad, incluyendo su bella colorada.

—¡Puedo ganar, puedo ganar!

Pensaba el muchacho a medida que avanzaba. De un momento a otro se dio cuenta de que no iba solo. Atrás estaba su padre que lo abrazaba con fuerza.

—¡Hijo, corre más rápido, te van a alcanzar, hijo, corre, corre!

El ruido de las demás motos era tan molesto que le lastimaba los oídos. Entonces soltó el manubrio para tapárselos. En ese momento despertó, pero el ruido continuaba.

—¿Qué es ese ruido? —pensó mientras abría los ojos y movía con fuerza su cabeza para despertar. Tres zancudos volaban en círculos y se reían a carcajadas.

—¿Viste Don?, son dos hormiguitas...

—¡Ja, ja, ja! —rió el mayor de todos. ¡Son dos hormiguitas que andan de viaje!

—¿Quieres que vea lo que traen los viajeros? —gritó el más gordinflón.

—¡No, déjame a mí, Don, déjame a mí, Dan siempre se lo come todo y no me convida! —dijo el más pequeño.



—¡No es verdad —gritó el gordo Dan—, tú eres el que no convida!

La anciana apretó su canasta con fuerza, al mismo tiempo que los zancudos se acercaban a ellos.

—¡Miren! —gritó Don—, ¡la vieja tiene comida en la canasta!

Los tres zancudos se abalanzaron sobre Gillie.

—¡Dejen nuestra comida, abusadores, por qué no se meten con insectos de su tamaño, cobardes! ¡Déjenos! ¡Fuera, fuera! —gritaba ella.

Herbert trataba de golpearlos con una rama, pero era muy pesada, y los zancudos eran verdaderamente gigantes, como todas las bestias peligrosas en una noche tan oscura.

—¡Déjenos, déjenos, socorro! —gritaba el chico, desesperado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pide ayuda a quien quieras, nadie anda en los caminos de noche, sólo los que quieren ser asaltados!

—¡Somos los reyes de la noche! —gritó el gordo Dan—, nadie puede contra nosotros, hormigas estúpidas!

—¡Ja, ja, ja! —rió el más pequeño—, no hay hormiga que resista nuestra fuerza!

—¡Y si se resisten, tendremos que matarlos! —gritó Don.



—¡Sí, como a otro viajero tonto que asaltamos hace unos meses! —Gritaba: “¡déjenme, déjenme, esta comida es para mi familia, déjenme!” ¡Ja, ja, ja!

El zancudo llamado Dan agarró con fuerza la canasta y de un tirón se la arrebató a Gillie.

—¡Dejen mi canasta, malditos, dejen nuestra comida!

Los zancudos tiraron la canasta al suelo y revisaron su interior. Las hormigas trataron de acercarse, pero Don las enredó con sus alas.

—¡Mira, está llenita de comida! —gritó Dan.

—¡Quítate, déjame sacar mi tesoro, mi tesoro!

—gritó Din.

Mientras Dan engullía los alimentos de la canasta, el pequeño Din encontró la caja de terciopelo azul.

—¡No, los lentes de mi padre, no! —gritó la anciana desesperada.

El zancudo sacó los lentes, se los puso y lanzó la caja lejos.

—¡Qué estupendos anteojos, no se ve muy bien con ellos, pero serán mi tesoro!

—¡Deja esos lentes, cobardel! —gritó Herbert soltándose del ala de Don. Corrió hacia el zancudo y lo golpeó tan fuerte como pudo—. ¡Devuélvenos esos lentes, maldito ladrón!

—¡Claro que no, son mi tesoro, siempre guardo tesoros de cada tonto del camino! —le dijo y le lanzó un alerazo que lo tiró a gran distancia.

Herbert corrió otra vez hacia él. Entonces vio algo que lo hizo frenar de pronto. En el cuello del zancudo había un pañuelo que él conocía. Era el pañuelo de su padre.

Los zancudos devoraron todo el contenido de la canasta y entre carcajadas y malas palabras emprendieron el vuelo otra vez.

Herbert y Gillie lo habían perdido todo.

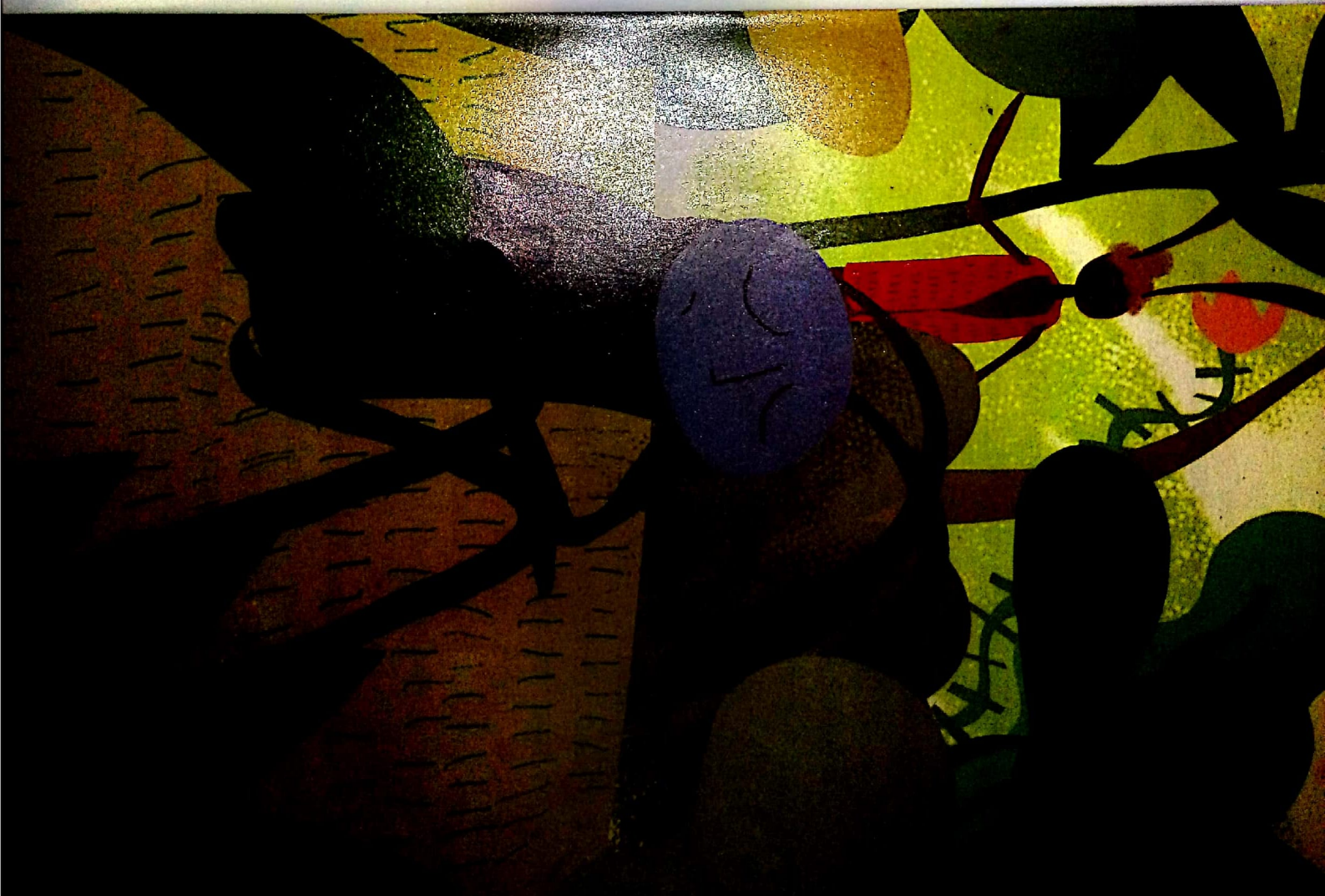


# Una pena que paraliza

**E**l Sol estaba saliendo cuando volvió la calma. Gillie caminaba desolada por los alrededores buscando la caja de terciopelo azul de los lentes de su padre. Sabía que el zancudo Din las había lanzado lejos, pero con la confusión, no recordaba en qué dirección. Con su bastón tanteaba entre las flores y malezas. Hubiera deseado que Herbert le ayudara, pero el muchacho estaba sentado en el mismo lugar donde quedó cuando se fueron los malvados asaltantes. Tenía la mirada perdida y balbuceaba palabras incomprensibles.

La señorita Lemus encontró el canasto y se alegró, porque aunque no tenía nada dentro, les serviría para guardar la comida que encontrarán durante el resto del viaje.

Recordó el peral del que hablara su padre y decidió buscarlo. Aunque no veía casi nada, el bastón que Herbert le había regalado la hacía sentirse mucho más segura.





—El olor de las peras es fuerte, y mi olfato es muy bueno —pensaba la anciana mientras avanzaba por los alrededores.

Al cabo de algunos minutos dio con el peral. Afortunadamente, varias peras habían caído alrededor. No estaba en edad de trepar por el tronco. Comió un poco y luego cargó toda la fruta que pudo en su canasta.

—El muchacho tiene que comer para recuperar las fuerzas. Al menos no perdimos su monopatín, eso lo habría dejado aún más triste.

Caminó de vuelta al camino, tanteando el pasto por si encontraba el estuche de los lentes. Cuando regresó, encontró al muchacho todavía donde lo había dejado.

Vaya chico, cómo le afectó este asalto, pensó acercándose a él.

—Herbert, querido, come un poco de pera. Mira, el canasto no se lo llevaron, pero no he podido encontrar el estuche de los lentes, no recuerdo hacia dónde lo lanzaron. Toma querido, tienes que comer —y extendió otra vez la mano con un trozo de fruta, pero Herbert no reaccionaba.

—¡Herbert, qué tienes!  
Entonces el chico le dirigió una extraña mirada y por fin habló.

—Tengo que volver.

—¿Volver? ¿Adónde? —preguntó Gillie temiendo la respuesta.

—A casa. Tengo que decirle a mi madre.

—¿Decirle qué? ¿Lo del asalto? ¡Estrás loco, tu madre se preocuparía mucho más si sabe que hay asaltantes en el camino! Además, no nos pasó nada, estamos vivos, ¿no es así?

—¡Usted no entiende! —dijo el chico con los ojos llorosos.

—¡Claro que entiendo!, —gritó Gillie—, ¡quieres abandonar el viaje porque es peligroso, pero te recuerdo que tú me fuiste a pedir ayuda. Yo estaba tranquila en mi casa, con mi ceguera y mis termitas. Había perdido las esperanzas de volver a ver, pero ahora es diferente, Herbert, porque estamos a medio camino de tener una vida mejor, tú con tu oculista y yo con mis lentes! ¡No puedes hacerme esto!

—¡Es que...!

Herbert se lanzó a llorar como Gillie nunca había visto llorar a alguien. Era una pena contenida que de pronto afloró. La anciana le golpeaba la espalda, le secaba las lágrimas con las hojas que encontraba, pero no había forma de consolarlo.

—Vamos hijo, no llores, no quise ser tan ruda contigo, es que debes comprender, para una vieja ciega como yo, la única esperanza es viajar al pueblo a buscar ojos nuevos. Tengo tanto que leer, tanto



que ver todavía, no quiero morirme sin antes ver la vida tal como es, lo hermosa que es...

—¡No es eso!, ¿no lo entiendes? —gritó Herbert sin poder parar de llorar.

—¡Claro que entiendo, tienes miedo, perdimos la comida, los lentes de mi padre, pasamos un mal rato, pero estamos vivos! ¡Herbert, estamos vivos!

—¡No es eso, señorita Lemus, el zancudo que robó los lentes, tenía en el cuello el pañuelo de mi padre! Ellos lo asaltaron también, él dijo: "déjenme, déjenme, esta comida es para mi familia, déjenme". Ese que gritaba era mi padre, que se fue a buscar comida hace seis meses y nunca más volvió. Ellos lo mataron, señorita Lemus, mataron a mi padre, lo sé...!

Entonces Gillie comprendió. El chico había descubierto de la peor manera los últimos momentos de su padre, y sabía quiénes lo habían hecho y estaba desconsolado.

Lo abrazó y acurrucó como una madre a su hijo. Aunque ella nunca había sido madre, tenía guardado en su corazón tanto cariño que podía darlo a raudales. Pasaron largo tiempo abrazados, sollozando. Los zancudos les habían perdonado y quitado la vida al mismo tiempo. Desde ese día, nada sería igual.

El Sol ya estaba alto en el cielo cuando Herbert pudo hablar.

—Señorita Lemus, tiene razón, no puedo romper su sueño. Iré al pueblo a dejarla con el oculista y yo volveré a mi casa.

—Escucha hijo, tu madre te puso en mis manos y eso me hace responsable de ti. Por eso te daré un consejo aunque no me lo has pedido. Si ella se entera ahora o más adelante de la muerte de tu padre, no va a cambiar su pena y la de ninguno de sus hijos, incluyéndote. Pero si te vas ahora, esos ladrones no van a recibir su castigo. Tal vez seamos los únicos que sobrevivimos a su ataque. En el pueblo podemos buscar a alguien que nos ayude a capturarlos para que no le hagan esto a nadie más. ¿Entiendes lo que te digo? Somos los únicos que podemos cambiar las cosas, Herbert, tú y yo. La vieja ciega y el chico valiente que es capaz de dejar la comodidad de su casa para cumplir sus sueños. No cambies nuestro destino, muchacho, vivimos lo que vivimos porque somos especiales, porque tenemos una tarea por delante.

Herbert escuchó a Gillie Lemus con mucha atención. Su pena era inmensa, pero ella tenía razón una vez más. Si ellos vivieron ese terrible asalto, fue porque el destino los puso ahí, porque tenían una misión. Llorar y autocompadecerse no servía de nada. Había que seguir adelante, como la vida misma. No importa cuántas veces te caes, siempre debes ponerte de pie... siempre debes ponerte de pie.



El chico se levantó y buscó en el lugar donde había visto caer el estuche de terciopelo azul. Trajo también su monopatín, que afortunadamente había quedado escondido bajo unas ramas. Entregó el estuche a Gillie y la abrazó como habría abrazado a su madre.

—La admiro mucho señorita Lemus. Todo lo que pasa es por algo. Y ponerme en su camino es lo mejor que me ha pasado. Sigamos nuestro viaje, antes de que el Sol pegue fuerte.

Las hormigas emprendieron la marcha, caminando lento y con los corazones repletos de optimismo. Al rato, cuando el camino comenzó a descender, montaron en el monopatín y volaron por el camino. Había que llegar pronto.

## La estampida

Las vacas y ovejas que pastaban cerca del camino no podían creer lo que veían (al menos las que tenían buena vista y se interesaban por mirar alrededor). Dos hormigas montadas en un monopatín cruzaban a gran velocidad. Varias ovejas se dieron el aviso y corrieron a mirar el gracioso espectáculo.

Las que no lo estaban pasando tan bien eran las hormigas. A decir verdad, tenían tanto miedo que no les quitaban los ojos de encima a los gigantes del camino, ya que si alguno de ellos decidía caminar, podrían morir aplastadas.

—Señorita Lemus, ¿su padre nunca le mencionó estas bestias?

—Claro que sí, Herbert, siempre dijo que eran peligrosas, pero decía que si no llamabas su atención no habría problemas... aunque reconozco que estos gigantes son demasiados.

Herbert recordó que una tía abuela por el lado de su madre, y todos los habitantes del hormiguero



en que vivía, habían muerto pisoteados por una de estas bestias, pero al ver el rostro pálido de Gillie, prefirió no comentárselo.

—Tranquílcese, saldremos de aquí muy pronto, ya verá.

—Espero que así sea, querido, no he vivido tanto para morir debajo de una pata.

Entonces vieron hacia delante y quedaron paralizados del miedo. Un perro perseguía tres vacas descarriadas justo en dirección hacia ellos. Las tres corrían molestas, levantando tanto polvo que parecía día nublado.

—¡Nos vieron Herbert, vienen hacia nosotros!

El chico se dio un gran impulso con el pie para que el monopatín doblara a la derecha del camino. Trataba de llegar a un árbol no muy frondoso, pero tenía que pasar por entre las patas de una oveja despistada que no veía el peligro que se les venía encima a todos.

—¡Herbert, no lo hagas, estás loco, ese animal nos va a pisar!

—¡Es la única manera de llegar a ese árbol, afirmese bien!

—¡No Llegaremos, esa bestia se mueve, Herbert, se mueve!

El chico miró adelante y, efectivamente, la oveja caminaba hacia ellos, pero era el camino más corto





para llegar al árbol que los salvaría de la estampida que venía por el camino.

—¡Le sugiero que cierre los ojos, porque vamos a pasar por entre sus patas! —gritó el muchacho, tan asustado como excitado.

Sabía que un movimiento en falso los mandaría al otro mundo, pero ya estaban ahí, retroceder o girar a la derecha o a la izquierda, podría ser fatal. Las manos le sudaban y la pierna con que hacía avanzar su vehículo le dolía a más no poder, pero todo estaba en él. Eso le daba las fuerzas.

Comenzó a cruzar por debajo de la oveja, que también corría, pero en la dirección opuesta. El sonido de las vacas, el ladrido del perro, el polvillo, todo era como la peor pesadilla, sólo que estaban despiertos. Al pasar por sobre ellos, la oveja les tapó el Sol, y aunque no fue mucho tiempo les pareció eterno.

—¡Nos va a pisar, nos va a pisar! —gritaba Gillie Lemus, pero Herbert avanzaba a toda velocidad como si manejara su soñada moto roja.

De pronto sintió que algo se caía del monopatín.

—¿Señorita Lemus? —le habló suavemente, dudando si seguía con él—. ¡Señorita Lemus! —gritó aterrorizado, pero no podía detenerse. Ya casi salían de debajo de la oveja.

—Estoy aquí, ¿dónde crees? —gritó la hormiga enojada, pero no importaba su enojo. Al menos seguía tras él.

Las vacas estaban tan cerca que podían sentir su olor a transpiración y pasto. Pero habían llegado a un costado del camino. Herbert se detuvo y rápidamente se lanzó al pasto.

—¡Corra, corra, hay que subir al árbol!

—¡Herbert, espera, no puedo, no puedo!

El muchacho había olvidado que la señorita Lemus estaba ciega y, por si eso fuera poco, era una anciana incapaz de trepar por un árbol.

—¡Yo la ayudo, tómese de mi cuello, fuerte, no se suelte ni por nada! —gritó el chico, cuando las vacas estaban pasando por su lado.

Herbert trepó con fuerza y decisión. La urgencia por subir era tanta que apenas sentía la presión que Gillie hacía en su cuello. Las vacas corrían y mugían, y la tierra se movía como un verdadero terremoto, pero no pasarían sobre ellos, ¡claro que no!

El perro pasó detrás, ladrando y moviendo la cola, y una estela de polvo seguía la carrera como si fueran varios gigantes más, o sus propios fantasmas. Las hormigas se afirmaban una en otra con tanta fuerza que dolía, y no se soltaron hasta que todos los animales estaban lejos.



—¡Vaya aventura!, —gritó el muchacho mientras ayudaba a bajar a la señorita Lemus. Se reía feliz al ver que ambos estaban bien y su monopatín había salido ileso.

En cambio Gillie estaba silenciosa y demacrada. No decía ni una palabra mientras trataba de arreglar sus canas desordenadas y su ropa polvorienta.

—¿Qué pasa, señorita Lemus? ¡Qué aventura vivimos, nadie me va a creer que corrí por debajo de un gigante y resistí una estampida de otros más! ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué aventura!...

Entonces Herbert miró a Gillie. La anciana trataba de avanzar nuevamente hacia el camino. Parecía buscar algo. Herbert recordó que cuando pasaban por debajo de la oveja, había sentido que algo se caía. De modo que caminó con ella para ayudarle a buscar.

A lo lejos divisó el sombrero floreado de Gillie, enterrado hasta la mitad en la tierra seca. Corrió a buscarlo y lo desenterró rápido para que la hormiga no notara que estaba sucio. Lo sacudió levemente y se lo llevó.

—Señorita Lemus, aquí está su sombrero, está bien, no le pasó nada.

Se lo entregó y ella, sin siquiera mirarlo se lo puso, pero dentro tenía tanta tierra, que el rostro de la anciana quedó tan polvoriento como el camino

de la estampida. Su sorpresa fue inmensa, acompañada por un grito y varios estornudos. Pero lo mejor fue que volvió a reírse como siempre lo hacía.

—¡Es verdad, nadie nos creería lo que vivimos, Herbert! ¡Creo que necesitaremos un buen baño!



# Un buen baño

El resto de la tarde estuvo tranquila. Siguieron por el camino hasta dar con el huerto completamente sembrado que había anunciado el padre de Gillie Lemus en sus viajes. Era realmente hermoso. Todo lleno de colores y aromas, pero a que el Sol estaba escondiéndose en el horizonte.

Las hormigas dejaron su eficiente vehículo escondido entre unas ramas del camino y avanzaron hacia el huerto para descubrir sus maravillosos manjares. Lo primero fue un paraíso de frambuesas jugosas que devoraron sin hablar. Mal que mal no habían comido nada en todo el día. Luego vieron a lo lejos algunos árboles cargados de duraznos. Como varios habían caído al suelo, no fue necesario trepar para probarlos. Herbert sabía que eso producía problemas a su acompañante. El chico comió hasta hartarse y luego recogió trozos de los duraznos más sabrosos para llevarlos a la canasta de la anciana.

—Mire, podemos llevar algunos, ¿quiere?... ¿Señorita Lemus? ¿Dónde está?

—Aquí estoy, hijo, aquí estoy —gritó de lejos. Se estaba lavando la cara y las manos con el rocío de una hoja de lechuga—. Será mejor que te laves un poco. No querrás llegar al pueblo todo enterrado. Pero Herbert no era amigo del agua ni mucho menos de bañarse.

—Ah... no gracias, señorita Lemus, creo que estoy bien así —gritó el muchacho y siguió caminando por ahí.

A los pocos minutos, los gritos desaforados de Gillie lo sacaron de su silencio.

—¡Herbert, Herbert, ayúdame, un caracol me mordió! ¡Creo que me quiere devorar!

El chico miró en dirección a las lechugas. Gillie estaba ahí parada, de espaldas a él, con algo en las manos.

—¡Socorro, socorro, me comen! —gritó otra vez.

Herbert corrió dejando tirada toda la carga de duraznos. A mitad de camino resbaló y cayó, pero se levantó al ver que Gillie cada vez gritaba más alterada. Cogió un gran palo para darle al caracol en medio de los ojos.

—¿Qué se cree, porque tiene caparazón se va a comer una hormiga anciana? ¡Allá voy! —gritó y corrió más a prisa.

—¡Herbert, acércate, acércate, está aquí! —anunció Gillie cuando Herbert estaba casi a su lado.



—¿Dónde está, dónde...? —buscó el chico.

—¡Aquí! —gritó Gillie y lanzó a la cara de Herbert una gran cantidad de agua que tenía escondida en una hoja.

Herbert se cayó al suelo de la pura sorpresa, no podía comprender qué pasaba, dónde estaba el caracol y por qué estaba todo mojado.

—¿Pero qué es esto?!

La señorita Lemus se había caído sentada al suelo, de tanta risa.

—Con que no querías bañarte, ¿no? ¡Ja, ja, ja! ¡Querido mío, ninguna hormiga maloliente puede trabajar como ayudante de oculista, ni como nada, ja, ja, ja...! ¡Y tú ya estabas demasiado sucio! —gritó la anciana que se reía a más no poder por su broma.

Herbert la miró muy enojado. Se levantó, sacudió el barro de su ropa y volvió junto al duraznero.

—¿Qué se cree, corro a salvarla porque se la iba a comer un caracol, y es mentira! ¡Todo con la sucia intención de bañarme!

Mientras tanto Gillie seguía riendo.

—¿Dónde se ha visto que los caracoles devoren hormigas? Ja, ja, ja. ¡Me creíste todo y caíste en la trampa. Igual te bañé! ¡Ja, ja, ja!

Herbert estaba realmente furioso. No tanto por haber sido mojado, sino por el engaño.

—¿Qué se cree...!

Entonces encontró una planta llena de gotas de agua en sus hojas. —Ya verá, pensó, —y sin que Gillie lo viera, juntó varias gotas de agua en una sola. Caminó con la gran carga de líquido en una hoja inmensa y se detuvo a espaldas de la hormiga.

—¡Señorita Lemus, señorita Lemus, socorro!

Cuando la hormiga se dio vuelta para ver lo que pasaba, Herbert le lanzó toda el agua a la cara. Era mucha, porque la anciana hasta cayó al suelo.

—¿Qué es...? —se quedó mirando a Herbert sorprendida, y luego rompió en risas nuevamente.

—¡Muchacho tonto, mira lo que tengo para ti! —Y lanzó nuevamente agua en la cara y ropa del chico.

A esas alturas era imposible mantenerse enojado. Gillie Lemus era una hormiga alegre y llena de sorpresas. Y pese a los malos momentos pasados en este viaje, había que reconocer que los buenos eran geniales. Herbert nunca habría soñado tener una batalla de agua con una hormiga anciana. A decir verdad, nunca había soñado tener una amiga anciana. Gillie Lemus realmente era especial.

El juego siguió por largo rato, hasta que se dieron cuenta de que anochecía y se podían resfriar.



Se envolvieron en unas hojas secas y se durmieron cansados de tanto jugar y reír. Era necesario. El tercer y último día estaba por llegar. Se cobijaron cerca del camino, escondidos debajo de un rosal en flor. La noche fue espléndida. No hay como un buen sueño para renovar las fuerzas.

## El accidente

La mañana estaba un poco fría. Las hormigas se levantaron temprano para iniciar el camino antes de que saliera el Sol. Tal vez si partían pronto, podrían evitar que el calor intenso de medio día los encontrara atravesando las ramas altas, que según las indicaciones del señor Lemus, eran bastante peligrosas.

Rápidamente avanzaron por el camino en el monopatín. Ambos iban pendientes de los alrededores, que se tornaban un tanto más inhóspitos.

—Creo que es mejor que vayamos más lento, Herbert —advirtió Gillie—. Mi padre siempre me comentó lo peligrosa que era esta parte del camino.

—Pero si avanzamos lento no llegaremos hoy —respondió la hormiga—. Y estoy ansioso por llegar al pueblo y encontrarme con el oculista de mi carta.

—Sí, pero es mejor ir lento y llegar, a ir rápido y... quien sabe qué...



—No se preocupe señorita Lemus, mi monopatín ha resultado ser el mejor vehículo, no hay duda de eso.

Y con esa última frase, Herbert aceleró con fiado mientras penetraban en el espesor de las ramas altas.

Era un paisaje extraño. Un intenso follaje cruzaba el camino, que por momentos se despejaba, pero la mayoría de las veces estaba completamente cubierto.

Gillie iba muy nerviosa, porque su padre le había enseñado que el exceso de confianza puede traer muy malas sorpresas. De ese modo, y para no demostrar su aprehensión, iba tan atenta al camino como sus ojos nublados permitían.

—Muchacho desobediente—pensaba—. Cuál será la idea de ir tan a prisa precisamente cuando le hago notar los peligros del camino. Los jóvenes creen saberlo todo, y no se dan cuenta de que por algo los viejos sabemos más: porque nos equivocamos nos volvimos más prudentes.

Mientras la señorita Lemus reflexionaba en silencio, tratando de distinguir el camino, sintió que el monopatín iba excesivamente rápido.

—Herbert, querido, ¿no te gustaría ir más lento? No vale la pena que te canse tanto... después te va a doler el pie y vamos a tener que parar a descansar



y perderemos el tiempo ganado. Por eso creo que si nos vamos más lento, llegaremos antes.

—No se preocupe —respondió el chico—. No estoy haciendo ninguna fuerza, avanzamos rápido porque el camino va en bajada.

Efectivamente, la pendiente del camino los llevaba a una buena velocidad y sin esfuerzo, pero también sin ninguna prudencia. Gillie palideció. Su instinto le decía que algo iba a pasar.

Algunos metros más, se despejó por un instante la espesura del camino y vieron unas grandes piedras a su lado. No dijeron nada pero ambos temieron lo peor.

Pronto el camino se cubrió otra vez y el suelo, que durante el viaje había sido liso y sin mayores imperfecciones, comenzó a dar golpes en las ruedas que desequilibraban a los pasajeros.

—Herbert, será mejor que disminuyamos la velocidad.

—Eso intento —contestó el chico preocupado—. Trato de bajar el pie para frenar, pero cada vez que lo pongo en el suelo damos otro salto.

—Entonces tenemos que parar de una vez e ir caminando —dijo la hormiga preocupada.

—¡Estoy tratando, pero no puedo! —gritó nervioso, agarrando el manubrio con fuerza para no volcarse.

—¡Bajemos el pie al mismo tiempo! —gritó Gillie asustada.

—¡Bien, el pie derecho, afirmese con fuerza de mi cintura, no se vaya a soltar!

Las hormigas se agarraron con todas sus fuerzas.

—¡Uno! —gritó el chico—. ¡Dos, afirmese bien, bajamos el pie a la derecha, no lo olvide, y...

No alcanzaron a decir tres y una inmensa piedra interrumpió el camino. Las hormigas saltaron lejos, abrazadas, dieron una vuelta por el aire y cayeron a casi un metro del lugar. El golpe fue tan duro que por un instante no reaccionaron. Todas sus cosas habían volado por los aires también. La canasta con las frutas, el sombrero de Gillie, el morral de Herbert, todo.

Herbert miró a Gillie para averiguar cómo estaba, pero ella había perdido la conciencia con el golpe.

—¡Señorita Lemus, señorita Lemus! —gritó el muchacho sacudiéndola con fuerza—. ¡Despierte, señorita Lemus, por favor despierte! ¿Qué tiene? ¡Señorita Lemus!

Después comprendió que seguramente se había golpeado la cabeza en la caída. Puso su cabeza en el pecho de ella y el corazón aún latía. Le acarició la cara con cuidado, estaba transpirando. Se levantó y buscó alguna hoja para refrescarla. Tomó una larga



rama húmeda y la cortó con fuerza. Volvió a donde ella estaba y mojó su rostro y cuello.

—Señorita Lemus, despierte por favor, despierte, ¿sí?... despierte... por favor. ¡Abra sus ojos y ya! Vamos a ir más lento ahora, lo prometo, pero despierte...

Ante la desesperación, Herbert comenzó a llorar sin parar. Seguía gritando y acariciándola para que reaccionara, pero la hormiga no abría los ojos. Las lágrimas del chico mojaban su anciano rostro y el tiempo de espera se hacía eterno. Parecía que Gillie no regresaría más, pero de pronto despertó.

—Herbert, ¡ay... me duele mucho la cabeza! ¿Qué pasó? —dijo la anciana abriendo los ojos lentamente.

—¡Señorita Lemus, señorita Lemus, ¿está bien? —preguntó el muchacho contrariado, sin saber qué hacer ni qué decir.

—No, no me siento muy bien, ¿dónde estamos? —Trató de levantarse sin poder—. ¡Ay, qué dolor, mi cabeza!... creo que estás sangrando, querido.

Entonces por primera vez Herbert se dio cuenta de que le sangraba un brazo.

—No es nada, no se mueva.

Revisó su brazo y la herida no era profunda. Arrancó otra hoja y la enrolló con fuerza para detener la sangre.

—Quédese tranquila, no se mueva. Había una piedra muy grande en el camino y chocamos con ella.

—¿Y el monopatín, está bien?

Entonces Herbert recordó su vehículo. Se levantó y corrió en dirección a la piedra. Sus cosas estaban tiradas por todas partes. A lo lejos vio el monopatín... estaba destrozado.



# El guardián de los caminos

**E**l Sol estaba alto en el cielo. Herbert construyó una especie de techo de hojas sobre Gillie para que se sintiera mejor, pero el dolor de cabeza no cesaba.

Luego fue a buscar los trozos de su monopatín, que habían quedado desperdigados por todo el lugar.

—Si al menos tuviera aquí mis herramientas —pensaba el chico. Pero sabía que de todas formas no hubiera podido repararlo. Juntó todas las partes y en una especie de ceremonia lo despidió.

—Adiós, querido monopatín. Me serviste mucho, fuimos a muchas partes, conocimos lindos lugares y me trajiste hasta aquí. Hubiera deseado que llegáramos juntos al final del camino, pero el destino quiso que solo llegaras hasta aquí. Te dejo en una cama de flores y hojas olorosas para que te quedes en la tierra que fue tu amiga. Gracias por todo.

Luego lo cubrió con ramas y no miró atrás.



—Señorita Lemus, creo que debemos seguir. Tendremos que dejar aquí el monopatín. No es posible repararlo.

—Lo sé, hijo, lo siento mucho... ¡pero tendrás una moto de verdad, y será tan rápida que te llevará a todas partes y cuando se encuentre con una piedra volará por los aires para esquivarla... ya verás!—dijo la hormiga tratando de alegrar al muchacho.

—Creo que no será tan fácil seguir —dijo el chico—. Perdóneme señorita Lemus, si no hubiera insistido en ir tan rápido, no estaríamos en este problema ahora.

—Los problemas solo sirven para aprender de ellos, querido mío, no para detenernos. Dame un tiempo para reponerme y seguiremos rumbo al pueblo.

—Pero nos han pasado tantas cosas... —dijo Herbert, muy triste.

—Aunque nos caigamos muchas veces, muchas veces nos podemos levantar.

—Creí que su padre había dicho que "si a la tercera no resulta, es mejor no intentarlo otra vez".

—¡Ja, ja, ja!, rió la hormiga. Esa es solo una frase tonta. Si mi padre estuviera aquí, me diría que siguiera tratando, sin importar cuántas veces. Eso lo aprendió cuando estaba tan viejecito que no tenía fuerzas de ir por la vida, como yo

ahora. Los sueños son así, Herbert, hay que perseguirlos hasta encontrarlos y hacerlos tuyos —dijo la hormiga y se levantó tan rápido y entusiasmada, que un pequeño mareo la tumbó al piso otra vez.

—Será mejor que se quede recostada un tiempo más —dijo el chico mientras la sostenía en el aire para evitar una nueva caída.

En ese momento dos moscas comenzaron a revolotear alrededor. Miraron a las hormigas y no les dieron importancia, pero los restos del viaje sí que les resultaron interesantes. Se pararon un tiempo sobre la canasta destrozada con el golpe, comieron algo de fruta y revisaron el bulto en donde estaba enterrado el monopatín. Volaron olfateando y mordisqueando todo.

—Dejen nuestras cosas —les gritó Herbert tratando de correr hacia ellas—. No toquen nada, ¿me oyen?

—¿Qué dice? —gritó la mosca más grande.

—No sé, no entendí —respondió la pequeña, y siguieron en lo suyo.

De pronto, dieron con la carta que estaba debajo del morral de Herbert, y la más pequeña la cogió entre sus patas.

—¡Dejen la carta, es mía, no la toquen, no ... es mía...!



Pero era tarde porque la mosca se elevó con la carta en su boca. Dio varias vueltas, como acostumbraban hacer las moscas, algunos vuelos rasantes frente a las hormigas, se detuvo un par de veces y volvió a iniciar el vuelo.

Mientras tanto Herbert intentaba hacerla bajar, gritaba, corría tras ella, pero la mosca creía que todo era un juego y seguía volando.

Entonces se sintió un fuerte movimiento en las ramas cercanas. Alguien o algo se aproximaba. Todos, moscas y hormigas, se miraron preocupados.

—Herbert, ten cuidado —gritó Gillie justo cuando un gran sapo atravesó las ramas y de un solo movimiento atrapó a la mosca pequeña y la devoró.

—¡No! —gritaron Herbert, Gillie y la mosca grande al mismo tiempo.

El sapo los miró desconcertado.

—¿Qué pasó, me hablan a mí? ¡Ah, otra mosca! —Y de un gran salto intentó atrapar a la más grande, pero esta huyó tan rápido que nunca más la vieron.

De todos modos, la preocupación de las hormigas estaba en la mosca chica que llevaba la carta en su boca al momento de ser engullida por el sapo, sin esa carta, nunca podrían llegar a destino.

—¡Te comiste la carta! —gritó Herbert enojado.

—¡No, me comí una mosca! —dijo el sapo muy extraño.



—¡Pero la mosca se había robado mi carta!  
—¿Cuál carta...?

No tomó mucho tiempo a las hormigas contarle al sapo el mensaje de la carta y las graves dificultades que habían debido pasar para llegar hasta allí. El sapo los escuchó en silencio, con gran interés. No parecía querer comérselas; al contrario, les generaba una gran confianza, y al final de la historia, les habló:

—Bien, ya me contaron todo. Ahora me toca a mí. Mi nombre es Benjamín Watson, y soy vigilante de los caminos. Cuido que se cumplan las leyes y todos los insectos puedan viajar sin problemas. Lamento lo que les ha pasado, pero sus problemas terminan aquí, porque yo los ayudaré.

## Hierbas y miel: un gran remedio

**P**arecía que después de tanta sombra, llegaba un día de sol, y así era. Benjamín Watson era un sapo amable y preocupado. Buscó en los alrededores unas hierbas, que, aplicándolas con un poco de miel en la cabeza de Gillie Lemus, terminarían con el dolor y la hinchazón. La colección habría sido un gran problema para las hormigas, pero para el sapo, no era nada que no hubiera hecho antes. Conversó con unas abejas de un panal cercano y en cuanto les dijo que la miel era para ayudar a una hermana hormiga, le dieron gran cantidad del sabroso jarabe. Las hierbas las encontró sin problema, porque conocía cada uno de los rincones del camino.

—Muele bien estas hojas, chico —le dijo a Herbert, entregándole una cáscara de semilla para la preparación. Luego lo juntaron con la miel formando una pasta espesa y pegajosa que aplicaron cuidadosamente en la cabeza de Gillie.



—Tendrá que quedarse quieta un tiempo para que el remedio haga efecto —le dijo a Gillie, muy serio. Y luego se dirigió a Herbert:

—Mientras tanto buscaremos hojas gruesas y firmes para llevar a la señorita Lemus fuera de aquí. Esta parte del camino es muy peligrosa. A decir verdad, es el lugar preferido de los forajidos Din, Dan y Don.

Y claro, Herbert no quería encontrarse de nuevo con los zancudos. Al menos no sin estar preparado.

Cuando encontraron las hojas, armaron una cómoda camilla para transportar a la hormiga.

—No necesito que me lleven en andas, no soy una anciana —reclamó Gillie cuando la subían a las hojas.

—Claro que no es una anciana —respondió el sapo de manera cortés—, pero necesitamos que se recupere para poder continuar el viaje al pueblo.

En ese momento Herbert recordó la carta. Sin ella no podrían llegar a la casa del oculista.

—Creo que no iremos al pueblo —dijo muy serio.

—¿Qué estás diciendo, Herbert? —preguntó la señorita Lemus.

—Que no iremos al pueblo. No tenemos la carta, ¿lo olvida?



—Pero podemos preguntar por él. No creo que sea un lugar demasiado grande, todos lo conocerán, ¿no es cierto Benjamín?

—Lamento defraudarlos, pero no es así,—dijo el vigilante de los caminos. No conozco a todos los habitantes y al pueblo cada día llegan más extranjeros.

—De modo que no encontraremos al oculista que escribió la carta—dijo Herbert desilusionado.

—Claro que lo encontraremos —dijo Gillie muy optimista—. Tal vez nos demoremos, pero lo encontraremos.

—Estoy de acuerdo con la señorita Lemus—dijo Benjamín—. Todo su esfuerzo no será en vano. La comunidad es muy generosa y les ayudarán a encontrarlo, lo sé.

Herbert no estaba tan seguro de lo que decían, pero decidió guardar silencio y continuar caminando. Atravesaron las ramas altas guiados por el sapo, que no los llevaba en andas porque con sus bríncos podría empeorar el estado de Gillie. Sin embargo, fue de gran ayuda porque en cada salto aplastaba las hojas abriendo espacios para pasar con la camilla de hojas.

Estaba oscuro cuando llegaron a los rosales. El aroma los anunció desde lejos. Se instalaron debajo de unas rosas amarillas de tallo largo y grandes hojas.

—Es mejor que se queden aquí, bien escondidos. Pasaremos la noche y mañana temprano podrán seguir su viaje al pueblo. No estamos muy lejos.

—¿Y la señorita Lemus podrá caminar?

—Claro que sí. El ungüento es realmente efectivo. Pero su recuperación no será tanto por la miel y las hierbas, como por su optimismo.

Herbert la miró y ella sonrió complacida por el pronóstico del sapo. Sabía que ningún remedio es tan bueno como las ganas de mejorarse.

Acomodaron la camilla con cuidado y cubrieron a la anciana con unos olorosos pétalos rosados.

—Espero no tener hambre durante la noche, porque podría quedarme sin frazada —dijo la hormiga que, como siempre, bromeaba para hacer más grato el tiempo de todos.

Herbert se instaló junto a ella y el sapo muy cerca de ambos, aunque después de un tiempo, el chico se dio cuenta de que no dormía. Realmente era un buen vigilante.

El cansancio llevó a las hormigas a dormirse muy pronto. Herbert soñó con su viejo monopatín, que se levantaba entre las hojas y la tierra en que lo había dejado, y se recomponía sin ayuda. Cada pieza se instalaba en el lugar adecuado y comenzaba a rugir con fuerza, porque como en los mejores sueños, se convertía en la moto roja que Herbert tanto deseaba.



—¡Herbert, despierta muchacho! —gritó Benjamín—. Tengo que irme. Acaban de pasar volando los zancudos asaltantes e intentaré atraparlos.

—¡Pero no sabemos cómo seguir, no nos abandoné! —gritó preocupado.

—Quédense aquí. Por la mañana enviaré a alguien para que los lleve al pueblo. No puedo demorarme más, si no, no los encontraré y asaltarán a alguien más. ¡Nos vemos, mucha suerte!

Fue lo último que dijo el sapo y de un salto se alejó. La señorita Lemus despertó cuando se iba y Herbert le explicó lo que pasaba.

—Está bien, hijo, si hemos llegado hasta aquí solos, podremos hacer la última parte del camino sin compañía. Solo quedémonos escondidos debajo del rosal como el señor Watson nos indicó y no tendremos problemas. Duérmete porque necesitamos recuperar las fuerzas.

Herbert estuvo gran parte de la noche despierto, pensando en las peores cosas: que los zancudos volaban, que caminaban en otra dirección y se perdían, y que la anciana no se recuperaba del golpe y no volvía a caminar. Todos estos pensamientos se entrelazaron con un sueño profundo que por fin le permitió descansar.

## Una gran actuación

—**D**eben estar por aquí...

—Pero no los veo. Tú anda por allá y yo busco por acá.

—Por allá no se puede volar bien. Por qué no vas tú por allá y yo busco acá.

—¡Siempre estás dando problemas. Obedece y busca donde te digo!

—¡Pero tú no eres el jefe!

—¡Tampoco tú!

Eran dos voces, una femenina y otra masculina. Discutían todo el tiempo, movían las hojas, volaban entre las rosas y removían todo. Herbert las espiaba desde el rosal amarillo donde habían pasado la noche.

—Si nos quedamos en silencio tal vez no nos vean y sigan su vuelo —pensaba el chico tratando de moverse lo menos posible para no llamar su atención.

—¡Qué pasa, quién es! —dijo la señorita Lemus que despertaba en ese momento.



—¡Shiiiiit, silencio...! —advirtió Herbert tándole la boca a la anciana—. ¡Son peligrosas...!

—¿Y cómo lo sabes? —murmuró ella.

—No lo sé, pero por las dudas, es mejor que no sepan que estamos aquí.

—¿Están aquí...? No recuerdo sus nombres.

—Es que nunca los dijo.

—Es que siempre anda tan apurado... si supiéramos sus nombres sería más fácil encontrarlos.

—Claro, pero no los dijo.

—Ya lo sé, me lo acabas de decir.

—¡Hola!, ¿hay alguien aquí?

—No te vayan a contestar.

—Puede ser que me contesten, ¿por qué no?

—¿Y te contestaron?

—No.

—¿Ves?

—¿No te cansas de tener siempre la razón?

—No.

Herbert y Gillie observaban a las mariposas discutiendo y volando en todas direcciones. Al parecer buscaban a alguien. Quería decir que ese lugar no era tan seguro después de todo, puesto que había más insectos ahí.

—Tal vez deberíamos intentar salir de aquí, avanzando por debajo de los rosales hasta estar fuera de

su vista, y después corremos por el camino —dijo la anciana hablándole al oído a su compañero.

—Bueno... puede ser... pero ¿cree que podrá caminar y luego correr?

—Pienso que sí. Me siento mucho mejor y ya no me duele la cabeza. El remedio del sapo realmente era muy bueno.

—Bien. Yo voy adelante para abrir camino, no se aparte de mí. Cualquier cosa, si nos perdemos o algo, nos encontraremos en el pueblo —dijo Herbert muy serio—. ¡Suerte!

Las dos hormigas avanzaron muy lentamente por los rosales, mientras las mariposas seguían en su eterna discusión y su búsqueda infructuosa. De pronto, Emily notó que unas hojas se movían.

—¡Creo que están ahí!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se movieron las hojas.

—No seas tonta, es el viento.

—Pero a estas horas de la mañana nunca hay viento.

—¿Ah no? ¿Y para dónde se va? ¿De vacaciones?

—El viento no sale de vacaciones. Y el tonto eres tú. ¡Mira, mira, ahí se movieron otra vez!

—¿Dónde?

—¡Ahí tonto!



—¡No empecemos con las ofensas!

—¡Pero si tú empezaste!

—Volemos hacia allá.

Las mariposas se acercaron tanto al rosal amarillo, que Herbert se dio cuenta de que estaban perdidos.

—Siga usted, señorita Lemus. Yo las voy a distraer para que vuelen en otra dirección.

—No, Herbert, es muy peligroso. Lo mejor es que yo las distraiga y tú sigas. Benjamín Watson volverá pronto y me salvará, estoy segura.

—No lo creo, porque dijo que no volvería. Al contrario: dijo que enviaría a alguien a...

—¿Qué pasa?

—El señor Watson dijo que enviaría a alguien a buscarnos en la mañana. ¿No habrá enviado a estas mariposas? —Herbert pensó por un momento—. Quédese aquí, no salga por ningún motivo. Si las mariposas son amigas, lo sabremos de inmediato.

—¿Qué vas a hacer?

Herbert se apartó del lugar y buscó la hoja más grande que pudo sostener. Armó un gran cono con ella y habló con voz lenta y grave:

—“Soy Benjamín Watson, el vigilante de los caminos... soy poderoso y cruel, y no me gustan las mariposas, así que me las voy a comer...”



Las mariposas se miraron un momento. Estaban tan extrañadas que no sabían qué decir.

—Señor Benjamín Watson, vigilante de los caminos, no nos coma por favor. Somos dos mariposas en paz—dijo Johnny cerrándole el ojo a Emily.

—“Y cómo sé que están en paz...” —insistió Herbert.

—Bueno..., porque no estamos en guerra... —dijo Emily y ambas mariposas se rieron.

Sabían que esa voz no era la de su jefe Benjamín Watson. Pero no podían saber quién intentaba hacerse pasar por él.

Mientras tanto, la señorita Lemus se daba cuenta de que la idea de Herbert era demasiado arriesgada y podría ser descubierto en cualquier momento. Así que decidió darle una mano.

—¡Ah, no, no me mate señor Watson, soy un insecto bueno! ¡Por favor no me mate!

Herbert se dio cuenta del plan de la señorita Lemus, y siguió con él.

—“¡La voy a matar y después me la comeré!” —gritó el chico usando nuevamente el improvisado amplificador de voz—. “¡Y después me voy a comer a estas dos mariposas que ya me tienen cansado!”

Por su parte, las mariposas siguieron la conversación mientras abrían bien sus ojos para encontrar a los insectos que intentaban engañarlas.

—Emily, tengo mucho miedo, el vigilante de los caminos nos atrapará y nos comerá, ¿qué podemos hacer?

—“Lo mejor será que se retiren de este lugar y me dejen tranquilo...” —respondió Herbert con su voz impostada.

—Creo que tiene razón, Johnny, será mejor que nos retiremos y dejemos al señor Watson en su escondite—dijo la mariposa y ambos emprendieron el vuelo saliendo del lugar.

Las hormigas rieron con ganas al ver que habían ganado la batalla. Luego se asomaron para ver cómo las mariposas huían aterradas creyendo que era el sapo quien les hablaba.

—Buen truco Herbert—dijo la señorita Lemus celebrando.

—Sí, pero lo mejor fue su participación: “No, no me mate señor Watson”, ¡ja, ja, ja!, usted es una verdadera actriz.

—Y tú, hijo, y tú. Eres muy inteligente. Esas mariposas huyeron aterradas, ¡ja, ja, ja!

Pero no se dieron cuenta de que las mariposas habían fugido huir, pero se habían escondido en los matorrales cercanos.

—¡Ahá...! —gritó Johnny apareciendo.

—¡Ahá!, —lo siguió Emily.



Las hormigas quedaron inmóviles de miedo. No sabían qué decir ni qué hacer. Habían sido descubiertas.

—No nos maten por favor, no nos maten —dijo la anciana muy asustada.

—No la mataremos, señorita hormiga, ni al chico. —dijo Emily—. Hemos venido a salvarlas.

—Nos envió el verdadero Benjamín Watson. Somos su transporte seguro hacia el pueblo.

## La llegada al pueblo

Las mariposas eran las ayudantes del sapo en su labor de vigilante de los caminos. Él había corrido tras los zancudos y les pidió que buscaran a las hormigas en los rosales, pero con el apuro olvidó decirles sus nombres. Y aun- que ellas los supieran, de todas formas les habría costado encontrarlas. Eran valientes y creativas, pero sus constantes peleas restaban eficacia a su labor.

—Yo me llevo a la señorita Lemus y tú al chico

—dijo Emily.

—No, es mejor que yo lleve a la señorita Lemus y tú cargues a Herbert.

—¿Por qué?

—Porque te lo digo yo.

—Pero no eres el jefe.

—Tampoco tú.

Herbert y la señorita Lemus se dieron cuenta de que una nueva pelea retrasaría más la ansiada



llegada al pueblo, de modo que se guiñaron un ojo y cada una montó una mariposa.

—Bien, ¿qué estamos esperando? —dijo Herbert montando a Johnny—. Estamos ansiosas de llegar al pueblo.

Las mariposas se dieron cuenta de que sus pasajeros tenían apuro e iniciaron el vuelo. Tal como había relatado el padre de Gillie en sus viajes, después de los rosales venían diversas curvas que enredaban un tanto el camino, pero las mariposas sabían cómo avanzar sin perderse.

Gillie Lemus pidió a Emily que le relatara todo lo bonito que alcanzaba a ver desde el cielo. Así fue como la mariposa no olvidó ningún detalle en su descripción y la hormiga sentía como si estuviera viendo ella misma.

Por su parte Herbert intentaba que Johnny le hablara algo más del pueblo. A decir verdad, consideraba muy extraño que en un mismo lugar convivieran insectos de diferentes razas sin peleas ni desacuerdos.

—Bien —dijo Johnny—, es muy fácil, todos vivimos juntos pero no revueltos.

—¿A qué te refieres? —preguntó la hormiga.

—A que todos los habitantes hemos vivido en lugares alejados de la ciudad, llenos de peligros, en donde nunca se sabía si tendríamos comida, si

nos aplastaría un árbol, o si vendría un depredador y nos convertiría en su almuerzo. De esa forma hemos transformado el pueblo en una comunidad organizada en la que todos nos cuidamos.

—¿Y no les molesta que lleguen extranjeros?

—No, para nada. Cada recién llegado pone su talento y sus habilidades al servicio de sí mismo y de los demás. Los insectos voladores trasladan a los otros, los que reúnen comida para el invierno, juntan un poco más y alimentan al resto. Los más grandes nos defienden de los animales peligrosos, y así todos trabajamos para todos. Los más viejos dicen que es la mejor forma de vivir. Yo no lo sé, aún soy joven y solo he vivido de esta manera, pero me parece que es la mejor.

—Ahora hay una curva...

—A la derecha, ya lo sé —interrumpió Gillie.

—Pero, ¿para qué me pidió que le describiera el camino si ya lo conoce?

—Para recordar cuando mi padre lo describía. Él me enseñó a soñar, ¿sabes?, a desear saber y conocer más allá de mis narices.

—Bien señorita Lemus, entonces ya sabrá que estamos a una curva de llegar.

—Lo sé, querida, lo sé —respondió Gillie, emocionada.



El pueblo era un espacio oculto entre los árboles, en donde difícilmente entrarían los animales de gran tamaño. Estaba rodeado por los brazos de un río que constituía una verdadera defensa natural. Era en gran parte plano y lleno de casitas, colmenas, agujeros en la tierra, cuevas y toda clase de casas de diferentes formas. Además, tenía arbustos y flores que llenaban el lugar de un exquisito aroma y proveían a varios insectos de alimento. Había también un sector alto, donde vivían insectos y animales de mayor tamaño, para evitar que sin querer pisaran a los más pequeños.

Las mariposas avanzaron hasta el centro del pueblo en donde se veía una bella plaza con sus casitas alrededor, una fuente de agua, asientos y sombra para las tardes de verano. Al aterrizar, varios insectos fueron a saludar a los recién llegados. Herbert y Gillie estaban extrañados de ser tan bien recibidos por especies que nunca habían visto, conviviendo todos juntos en un lugar tan bello.

—Bueno —dijo Emily—, el sapo no nos dijo hacia qué parte del pueblo teníamos que llevarlos. Esta es la plaza. Todas las calles empiezan y terminan aquí.

—Muy simple —respondió Herbert—, vamos a la casa del oculista.

Las mariposas se miraron extrañadas.



—Te dije que no venían a la plaza, protestó Johnny.

—Pero no habían dicho dónde querían ir.

—Pero no era a la plaza, tonta.

—¡Te dije que no me trates de tonta. Aquí el tonto eres tú!

—A ver, chicos, un momento, no se pongan a pelear de nuevo y díganos dónde queda la casa del oculista —dijo Gillie, fingiendo paciencia.

—No tengo idea —respondió Johnny.

—Ni yo —dijo Emily—. Tengo bastante buena vista y no necesito anteojos.

—Todavía... —le dijo Johnny y otra vez comenzaron a discutir.

Las hormigas se miraron desconcertadas. Habían llegado por fin al pueblo y no había forma de encontrar al oculista que había solicitado un aprendiz. Y la mosca se había robado la carta con la dirección y el sapo se la había comido.

—Esperen —interrumpió Herbert—. En la carta decía que tenía ventanas rojas y una puerta azul... ¿o serían ventanas azules y puerta roja?...

Miraron alrededor y todas las casas eran bastante parecidas. Con ventanas y puertas coloridas para darle más alegría al paisaje.

Las mariposas comprendieron que encontrar la dirección sería mucho más difícil de lo que pensaban.

De modo que invitaron a las hormigas a cenar a su casa para pensar juntos qué camino seguir.

Al entrar en la pequeña villa que ocupaban las mariposas, todas saludaban a las hormigas con gran gentileza. Se sacaban el sombrero para saludar a Gillie y esbozaban sonrisitas para Herbert. Pero las hormigas estaban tan tristes que no disfrutaban ni siquiera de la buena voluntad de los habitantes.

—Entren con confianza —dijo Emily, mientras abría la puerta de su hogar—. Johnny vive a dos casas de aquí, pero si se compromete a ser gentil lo invito a cenar también.

—Yo siempre soy gentil. Aquí la única loca y quejumbrosa eres tú —respondió Johnny.

—Un momento, mariposas parlanchinas —interrumpió una anciana mariposa—. Saben que en mi casa no está permitido pelear, por lo tanto aquí se comportan, y sobre todo si tenemos visitas.

La mariposa era muy bella todavía, aunque de joven seguramente habrá tenido más brillo en sus alas. Era la abuela de Emily y se había encargado de su cuidado desde niña. Hizo pasar a las hormigas con gran amabilidad y les sirvió un plato con dulces de pan y jugo de naranja.

—Así que venían del interior. Benjamín me dijo que habían sido muy valientes en recorrer el camino solas. ¿Y es verdad que las atacaron los zancudos?



—Pues sí —dijo Gillie—. Los zancudos nos hicieron pasar un mal rato.

—¡Vaya susto! Tuvieron suerte de vivir para contarlo. El sapo ha tratado de atraparlos tantas veces y nunca lo logra. Creo que necesitaremos más que su fuerza y rapidez... ¿Les importa si tejo? Quiero terminar una bufanda para Emily antes de que llegue el invierno. Su trabajo es muy sacrificado y pasa bastante frío volando de allá para acá.

Entonces sacó de una canasta un tejido, lana y unos lentes.

—¡Sus lentes! —gritó Herbert—. ¿Quién le dio esos lentes?

—El oculista, claro está. No soy una *mariposa* joven —respondió muy coqueta—, y sin ellos no podría tejer ni bordar ni nada.

—¿Y sabe dónde vive el oculista? —gritó Gillie Lemus.

—Claro, querida, vive muy cerca de aquí. Si quieres te llevo, ¿te hacen falta lentes?

Caminaron por las calles del pueblo hasta llegar a una hermosa casa de ventanas rojas y puerta azul. Esta última decía: "Avenida Circunvalación 42".

—¡Es la casa! —gritó Herbert y con gran emoción tocó a la puerta.



Un anciano hormiga abrió la puerta un poco temeroso. Se arregló los lentes sobre la nariz y dijo:

—¿Diga?

—¿Es usted el oculista? —preguntó el muchacho.

—Sí.

—“Ayúdame que te ayudaré” —dijo Herbert de inmediato.

El oculista abrió grandes sus ojos y le regaló una gran sonrisa.

—Creí que nadie vendría. Ha pasado tanto tiempo. ¿Por qué demoraste tanto?

Todos, hormigas y mariposas rieron a gusto.

## Por fin en casa del oculista

**L**a alegría era inmensa. Después de la larga y peligrosa travesía, Herbert y Gillie Lemus habían llegado a destino.

El oculista los invitó a pasar y las hormigas se sentaron en unos cómodos sillones de hojas secas rellenos con algodón. Las mariposas volvieron a su casa a cenar.

—Bien, y díganme quién encontró la carta —preguntó el doctor intrigado.

—Fui yo —respondió Herbert—. No estaba seguro si debía abrirla porque no había ningún nombre en el sobre, pero luego comprendí que por eso mismo debía abrirla, porque el destino la había puesto en mis manos.

—Y así fue, muchacho. Me estoy haciendo viejo y aunque todavía puedo hacer bien mi trabajo, necesito un ayudante que haga también de aprendiz. Estoy dispuesto a enseñarte todo para que puedas continuar con mi oficio... si así lo quieres, claro está.



Herbert lo miró seriamente. Cuando inició el viaje en la casa de Gillie Lemus, estaba muy entusiasmado por aprender el oficio del cuidado de los ojos. Pero al pasar los días, y recordando todo lo vivido, pensó que no era recomendable dar un sí absoluto, antes de conocer de qué se trataba el trabajo.

Ante el silencio del chico, Gillie actuó con rapidez.

—Mi nombre es Gillie Lemus... "señorita" Gillie Lemus. Yo viajé con Herbert desde el principio del camino. Su madre me pidió que lo guiara y aquí estamos. El vino para aprender el oficio y yo, por ver... es decir, para verlo a usted.

—Ah, qué agradable noticia "señorita" Gillie Lemus. Por su presentación me doy cuenta de que nunca se ha casado... yo, tampoco.

—¡Uf, qué casualidad tan agradable...! —dijo la hormiga con un inconfundible coqueto.

El oculista se llamaba Sigfrido Martin, y había vivido y trabajado por años en el pueblo. Tenía una clínica y una tienda de lentes, en su casa. Estaba muy bien implementado, con lentes de todas las formas y colores. Incluso con la llegada de los extranjeros, aprendió a atender a otras especies, de modo que los modelos de lentes eran sumamente variados.

Les mostró todo y los invitó a quedarse en su casa.  
—Mi casa es grande y si ustedes vienen de tan lejos, imagino que no conocerán a nadie por aquí. Sean bienvenidos.

—Agradecemos su hospitalidad, doctor Martin —se apresuró a decir la señorita Lemus.

—Al contrario —dijo rápido—. El agradecido soy yo.

La noche fue corta para Gillie, que durmió como un lirón, pero fue larga para Herbert que no pudo conciliar el sueño. Tenía la cabeza llena de pensamientos que no lo dejaban saborear el éxito de llegar a su destino.

Pensaba en su madre y hermanos que se habían quedado en la vieja casa del campo esperando que algún día regresara su padre, que nunca volvería.

Y en su monopatín destruido y en su sueño de tener una maravillosa moto roja y correr veloz por el camino, lejos de todo peligro, lejos de todo mal recuerdo.

Pero lo que lo inquietaba más era pensar que los zancudos seguirían asaltando más insectos y saldrían inmunes de sus delirios, solo porque eran más fuertes y más desalmados.

Tomó una decisión. Aunque se sentía muy entusiasmado por aprender el oficio del oculista y que-



darse a vivir en ese hermoso pueblo, sentía que había puntos importantes que debía solucionar antes.

A la mañana siguiente, habló con el doctor Martin.

—No puedo tomar este trabajo.

—Pero, ¿de qué hablas Herbert? ¿Acaso no te interesa?

—Claro que me interesa, y mucho —dijo el chico—. Pero no puedo estar aquí tranquilo mientras mi madre y mis hermanos corren peligro en el bosque... y esos malditos zancudos todavía andan sueltos.

Y después de un tiempo agregó.

—Si quiere emplear a otro ayudante-aprendiz, lo entenderé.

El doctor miró al chico por un momento y meditó una respuesta.

—Escucha Herbert, entiendo bien que quieras volver, pero eres joven y no te das cuenta de que ninguna gran acción se realiza sin planificarla bien. Siéntate aquí conmigo, toma un poco de leche y organicémonos.

En ese momento apareció Gillie que venía a trastabillones. Todavía no conocía la ubicación de los muebles de la casa del doctor y por eso chocaba con todo.

—Uf, perdón, ¿rompí algo?

—Nada, señorita Lemus, no se preocupe. Pero, ¿qué pasa? ¿No ve bien?

—¡Ah, no, yo veo de maravillas, es que soy tan distraída...! —le respondió a Sigfrido haciendo un gesto a Herbert para que no dijera nada.

Herbert no podía comprender por qué no decir que necesitaba urgentemente un par de lentes. Estaba en el lugar preciso, y al parecer el doctor Martin y ella estaban haciendo amistad.

—Herbert se va —dijo el oculista un poco triste.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—Vuelvo a buscar a mi madre y mis hermanos.

Ellos tienen que saber que mi padre no va a volver. Además, no puedo dejarlos solos con esos zancudos sueltos.

Gillie se sentó a su lado y lo acarició.

—Sabía que ibas a hacerlo, querido. Eres valiente e idealista. Y eso no es solo por tu extrema juventud. Es por que eres un buen chico.

—Creo que sé cómo haremos para que vuelvas sano y salvo y logres cumplir tus objetivos —dijo el doctor levantándose entusiasmado—. Para eso vivimos en una comunidad organizada. Vengan conmigo.

Salieron de la casa rumbo al sector alto del pueblo. Había varios insectos grandes acompañados de



lagartijas, caracoles y varias especies mayores que habían instalado sus casas ahí. El doctor se dirigió a una lagartija joven que lo saludó.

—Corina, linda, llama al señor Watson. Tenemos que hablar con él—. La lagartija se fue corriendo rápidamente. Luego se dirigió a las hormigas.

—No debemos entrar al sector alto, no porque nos vayan a hacer daño, son animales pacíficos, pero no hay que tentar la suerte... sin querer nos podrían aplastar.

Al poco tiempo llegó el sapo Benjamín Watson.

—Ah, me dijeron las mariposas que habían llegado bien. ¿Usted es el oculista?

—Si señor sapo —intervino Sigfrido—. Pero ahora tenemos un caso para usted y sus ayudantes. Herbert quiere ir a buscar a su madre y hermanos...

—¡Muy bien, gran ideal! —respondió el sapo—. Podemos enviarte con las mariposas a buscarlos ahora mismo.

—Muchas gracias señor Watson —dijo Herbert muy contento—. Pero hay otra cosa.

—El chico quiere atrapar a los zancudos —dijo Gillie muy seria.

—Ah, bien, eso es algo más complicado —dijo Benjamín muy serio—. Hay que idear un plan.

## Mensajeros de noticias tristes

Emily, Johnny y dos voluntarias más llegaron muy pronto a la casa de Sigfrido. Le pidieron a Herbert que montara para salir inmediatamente, porque el sapo los esperaba de vuelta para organizar la captura de los zancudos.

El cielo estaba despejado, hacía un lindo día. Las mariposas volaron tan rápido como lo permitieron sus alas. Herbert estaba asombrado de la gran diferencia que había entre caminar, exponiéndose a tantos peligros y volar en un día soleado sobre una mariposa que conocía el camino.

Pasaron por las ramas altas, el camino de los animales gigantes y varios lugares más. La hormiga recordó todo el camino recorrido y las aventuras vividas con la señorita Lemus, y aunque había pasado recién, Herbert sentía que hacía mucho tiempo y volvió a admirar a la anciana sabia y divertida que le había ayudado a llegar al pueblo.



—¿Por qué no querrá decirle al oculista que no ve nada?... él podría ponerle lentes y vería otra vez. Pensaba intrigado.

—Estamos llegando, Herbert —interrumpió Johnny—. Debes decirnos hacia donde está la casa.

—Bien —dijo él—. Desde aquí puedo ver la siembra de maíz... ¡esa es la casa de Gillie Lemus!, indicó emocionado.

—¿Quieres que bajemos ahí?

—No, Johnny, las termitas viven allí ahora. Ahí está el sauce llorón. La casa de mi madre está un poco más al norte. ¡Allá está, esa es, esa es! —indicó el chico que casi se cae de la emoción.

Las mariposas aterrizaron en medio de las espinacas, aplastando varias.

—¡Pero qué significa esto! —gritó la madre de Herbert que salía a espantar a los recién llegados—. ¡Están maltratando mis verduras!

—¡Soy yo, mamá, soy Herbert!

El chico corrió hacia su madre y la abrazó como si no la hubiera visto en años. Fue tan apretado que casi cayeron juntos al suelo. Los hermanitos de Herbert también aparecieron por la puerta y corrieron a abrazarlo.

—Hijo, hijo, volviste, ¿no pudiste llegar al pueblo? ¿Y tu monopatín, dónde está? ¿Quiénes son estas mariposas que vienen contigo?



—Te contaré todo, paso a paso. Tenemos que sentarnos, mamá.

—Me estás preocupando hijo, ¿está todo bien?

—Entremos a la casa —dijo— y la tomé de la mano y cruzaron la puerta.

Las noticias que Herbert tendría que darle a Molly eran bastante malas. Habría que detallar en su totalidad el asalto de los zancudos para finalmente explicarle que habían asesinado a su padre, y que como trofeo, uno de ellos lucía su pañuelo en el cuello. Las mariposas lo sabían, de modo que entretuvieron a los niños para que no escucharan los detalles escabrosos. Su madre sabría cómo decirles la verdad a su debido tiempo.

—¿Quieren dar un vuelo por los alrededores? —dijo Johnny a las hormigas.

—¡Claro que sí! —gritaron los niños.

—Pero será un vuelo cuidadoso, sin elevarse tanto, sin frenadas bruscas, ni aventuras riesgosas —aclaró Emily para evitar accidentes.

—¡Aguafestas! —le gritó Johnny.

—No querrás que los chicos tengan un accidente, ¿no es cierto? ¿Cómo se lo explicarías luego a Herbert si uno de ellos se cae?

—¿Y por qué se van a caer? ¿Se van a caer, niños?

—¡No! —gritaron en coro.

—¿Ves?, no se van a caer.

—¡Pero ten cuidado, es lo único que te digo!  
Fue lo último que pidió la mariposa mientras Johnny se elevaba sin ningún cuidado, como si los niños estuvieran acostumbrados a montar mariposas.

Dieron varias vueltas. Primero los llevó Johnny, luego Emily, con más cuidado y después las dos mariposas que venían con ellos. Hicieron carreras en el aire y aterrizajes sobre las flores. Después de un tiempo Herbert y Molly salieron de la casa. Ella estaba muy conternada. Sus ojos estaban aún llorosos. Herbert les hizo un gesto a las mariposas para que regresaran a la casa.

—Niños —dijo la madre de Herbert—, su hermano nos llevará a vivir con él al pueblo. Comenzaremos una nueva vida allá.

—¡Bien! —gritaron los niños—, y una de ellas, que tenía poca diferencia de edad con Herbert, preguntó por su padre.

—Su padre no vendrá, queridos. Él... —no pudo seguir hablando—. Ella sabía que la demora de su esposo era demasiada, pero siempre había albergado esperanzas de que volviera. La noticia era muy triste y no sabía cómo decirle a sus hijos que no lo verían más.

Herbert los abrazó y les contó lo ocurrido. Las pequeñas hormigas lloraron abrazadas a su



hermano mayor y a su madre, y Herbert les prometió cuidarlos siempre y no volver a separarse de ellos nunca más.

—Amigos —les dijo Emily—, será mejor que emprendamos el vuelo.

La mariposa tenía razón. Organizaron sus cosas, sacando lo más indispensable y montaron en las mariposas que las llevarían a su nuevo hogar.

Antes Molly tomó varias hojas de espinaca y las puso en un canasto.

—No sabemos si allá habrá comida.

—Claro que sí, mamá. Hay de todo y todos tienen muy buena voluntad para compartir. Te sorprenderá lo unidos y bien organizados que son.

—Yo puedo cargar algunas —dijo Johnny, que nunca antes había comido espinacas y le habían parecido riquísimas.

El vuelo de regreso fue tranquilo. No volvieron tan rápido como habían venido, por la carga y porque la madre de Herbert siempre había preferido tener los pies bien puestos en la tierra. A decir verdad tenía mucho miedo, pero no decía nada para no asustar a sus hijos.

Al llegar al pueblo, muchos insectos y animales los esperaban en medio de la plaza. Se habían enterado de la nueva familia que llegaría a vivir a

su comunidad y habían refaccionado una casa que estaba desocupada para que vivieran todos juntos. Molly y los niños se sintieron inmensamente felices de encontrar un lugar seguro donde vivir, con tantos vecinos buenos y hospitalarios.

—¡Bienvenidos! —saludó Benjamin Watson—. Espero que hayan tenido un buen viaje.

—¡Gracias, gracias! —respondieron Molly y los chicos.

—Herbert, tenemos que hablar. Hemos organizado todo. Será esta misma noche.

La hormiga sabía a qué se referían. Y prefería que fuera lo antes posible. Sabía que en cuanto atraparan a los desalmados, empezaría una nueva vida con su familia y en su nuevo oficio, y estaba ansioso.



## El pueblo se reúne

**D**espués de dejar a Molly y sus hermanos en la nueva casa, Herbert se dirigió junto con las mariposas al salón principal del pueblo. En ese lugar se realizaban las reuniones importantes que concernían a toda la comunidad.

Al llegar, el chico se sorprendió al verlos reunidos a todos. Varios insectos, hormigas, mariposas, sapos, lagartijas, luciérnagas, cucarachas, caracoles y varios más, lo esperaban para iniciar la reunión. Además, estaban el oculista, Gillie Lemus y Benjamín Watson, quien organizaba a los demás.

—Bien —dijo el sapo alzando la voz—. Ahora que ha llegado la hormiga Herbert, podemos empezar. Los hemos citado aquí para buscar voluntarios para una misión tan importante como peligrosa.

—¿De qué se trata? —gritó una cucaracha que estaba al fondo del salón.

—¡Otra vez los zancudos han atacado!



Varios gritos y abucheos llenaron el lugar. Los insectos eran muy parlanchines, de modo que el vigilante Watson tuvo que hacerlos callar.

—¡Silencio, silencio por favor! Varios de ustedes han sufrido ataques de esos delincuentes, incluso algunos no han vivido para contarlos —al decir esto, miró a Herbert—, y pensamos que es hora de terminar con sus delitos.

Un gran aplauso y muchos comentarios casi dejaron sordos a los insectos más pequeños.

—¡Señores, señoras, les pido silencio por favor! ¡Para poder capturar a Din, Dan y Don, necesitamos de los más valientes animales e insectos que arriesguen su vida por el bien de los demás!

Un silencio sepulcral invadió el lugar. Nadie se atrevía a levantar la mano ni a hablar, hasta que desde el fondo una anciana sapo levantó la mano.

—¿Qué tan peligrosa es la misión, Benjamín?

—Es peligrosa, mamá, y tú no estás en edad para aventuras como esta —respondió el sapo un poco avergonzado.

Todos rieron. Entonces una luciérnaga levantó el ala.

—Nosotras, las luciérnagas podemos colaborar. Estamos cansadas de que esos voladores hagan de las suyas sin ningún castigo.

—¡Bien, gracias! —respondió Benjamín—. Precisamente necesitaremos bastante luz y para eso ustedes son las mejores.

Las luciérnagas sonrieron orgullosas. Benjamín continuó.

—Necesitamos que alguien cocine los mejores y más aromáticos platos de comida. Esos malditos se sienten muy atraídos por la buena mesa.

—¡Nosotras los haremos! —gritaron dos arañas gordiflonas que estaban en la primera fila.

—Muchas gracias, amigas —dijo el señor Watson—. Todos sabemos que ustedes son las mejores cocineras del pueblo.

—Tienen una pastelería justo en la plaza —dijo en voz baja Sigfrido a Gillie y Herbert—. Son realmente las mejores.

—Bien —continuó Benjamín—. Necesitaremos de algunas mariposas que trasladen los voluntarios y esta comida al lugar de la emboscada. ¿Puedo contar con ustedes, Johnny y Emily?

—Claro que sí, por supuesto, cuentas conmigo, —dijo Emily.

—Cuentas conmigo —dijo Johnny.

—Conmigo —dijo Emily apurada.

—No, conmigo —gritó Johnny.

—¡Basta, basta, los necesito a ambos. Gracias! Entonces Herbert levantó la mano.



—Yo voy.

Todos los presentes se quedaron en silencio mirando al chico nuevo. Benjamín lo presentó.

—Esta hormiga es Herbert. Él y su amiga, la señorita Lemus, han sido las últimas víctimas de los asaltantes. Los enfrentaron con gran valentía y están aquí para ayudarnos. Desgraciadamente, hace unos meses el padre de Herbert no tuvo la misma suerte, y ahora su familia está sola.

Todos miraron tristes a las hormigas. Incluso una babosa le golpeó la espalda dejándolo un poco pegajoso.

—¡Yo también iré! —gritó Gillie Lemus.

—¡Claro que no, señorita Lemus! ¡Será muy peligroso, ya oyó al vigilante! —dijo Herbert.

—¡Soy una estúpida carnada: seré una pobre ancianita sola, que lleva su comida olorosa en una canasta y está perdida en el bosque!

—¡Es una gran idea! —gritó Benjamín.

—¡Pero es muy peligroso! —respondió Herbert.

—¡No me perdería la oportunidad de darle un puntapié a alguno de ellos! Además, quiero recuperar algo que me robaron —dijo en voz baja cerrándole el ojo a Herbert.

—Bien —dijo Benjamín Watson—. Creo que tenemos lo que necesitamos. Pueden regresar a sus casas y muchas gracias por asistir. Les pido por favor

a los voluntarios para esta misión, que se queden en el salón para ultimar los detalles. Lo haremos esta noche.

Todos comenzaron a salir del salón conversando en grupos y festejando el futuro éxito de la misión. Incluso algunos le dieron la mano a las hormigas para presentarse y desearles la mejor de las suertes.

Cuando solo quedaban los indicados, Benjamín Watson les explicó el plan.



# La emboscada

**H**abía que trabajar rápido. Las arañas pasteleras partieron inmediatamente a cocinar unas aromáticas tortas.

Benjamín Watson dibujó un plano del lugar donde esperarían a los zancudos, y explicó a cada uno dónde debía esconderse.

Las mariposas discutieron un rato sobre quien llevaría a Gillie y quien a Herbert, hasta que las luciérnagas, cansadas de tanto grito, terminaron la pelea decidiendo por ellas.

Herbert estaba silencioso y preocupado. Benjamín le había explicado detalladamente el plan para capturar los zancudos, pero no lograba comprender por qué había que llevar a la señorita Lemus y peor aún, ser la principal carnada de los asaltantes.

—¿No le bastaron los peligros que corrimos para llegar hasta aquí? —le preguntó a Gillie.

—Escucha Herbert, sé que no lo entenderías, pero quiero ayudar. Yo también sufrí la embestida de los zancudos y quiero atraparlos.

—También yo, pero soy más joven.... ¡Y puedo ver!

—¡Silencio, chico, que no te oigan! No quiero que se den cuenta de que no veo nada.

—¿Se da cuenta? ¡Es un terrible riesgo! ¿Y por qué no quiere decir a nadie que tiene problemas para ver? El doctor Martín ya podría haberle dado unos lentes.

—Tú lo has dicho, unos lentes, no “mis lentes” —respondió Gillie con voz marcada.

—¿Y qué diferencia hay? Lo importante es volver a ver, ¿no es así?

—No. Lo importante es volver a ver con los lentes de mi padre. Es una tontera de vieja, si así lo quieres, pero quiero ver como él veía, como él soñaba, como él aprendía cada día.

—Pero esas capacidades están dentro de usted. No necesita los lentes de él para ser inteligente y soñadora. Usted ya lo es!

En ese momento llegaron las arañas con un canasto lleno.

—¡Están listas las tortas! Por favor disfruten de su aroma. Esos zancudos las olerán de lejos.

—Ya lo creo —dijo el sapo—, huelen de maravillas. Estamos listos —le dijo a todos—. Hormigas, monten sus mariposas. Señorita Gillie, tome su canasta con las tortas. No están demasiado pesa-



das. Luciérnagas, ¿listas? Yo me voy en la delantera para indicarles el lugar. ¡No volveremos sin esos delincuentes!

Todos hicieron un gesto afirmativo y salieron del salón. Afuera esperaba todo el pueblo, quienes los despidieron con aplausos para animarlos a la victoria.

No demoraron mucho en llegar. Benjamín fue el primero y desde abajo indicó a todos que aterrizaran con gran cuidado para no aplastar las plantas y dejar vestigios de su presencia. Estaban en el camino de las ramas altas, uno de los lugares favoritos de los zancudos y el mejor espacio para esconderse. Buscaron un lugar abierto rodeado por ramas. Al centro se instaló Gillie con sus tortas y alrededor se esconderían las luciérnagas, las mariposas, el sapo y Herbert.

—Ya está oscureciendo, esos malditos siempre atacan a sus víctimas durante la noche —dijo muy serio el vigilante de los caminos—. Desde ahora nos quedaremos ocultos, listos para salir de acuerdo al plan. Repasemos: Gillie abre la canasta para que salga el aroma de las tortas. Cuando lleguen Din, Dan y Don, esperamos que bajen a tierra y les saltamos encima. Yo me encargaré de uno de ellos, las luciérnagas con el otro, y las mariposas y Herbert con el

último. La señorita Lemus no debe hacer nada, solo esconderse entre las ramas y esperar que los hayamos capturado. ¿Estrá claro el plan?

Todos asintieron. Estaban nerviosos, aunque confiados. Nada podría salir mal.

—Bien —dijo el sapo—. Ahora esperar en el más absoluto silencio.

Todos se escondieron ordenados a la misma distancia unos de otros y a la misma distancia de la anciana. Ella, por su parte, abrió la canasta y sacó las tres tortas que prepararon las arañas: vainilla, manzana y limón. Nada podía oler mejor y desde más lejos que esas tortas.

El cielo estaba estrellado, aún no había salido la Luna, de modo que la visibilidad no era tan buena como esperaban. Todos se habían sentado en la tierra, un poco húmeda, pero bien ocultos. Gillie Lemus, al centro del círculo, estaba ansiosa y con la cabeza hacia el cielo. El plan indicaba que cuando ella los sintiera aparecer en el aire, estornudaría fuerte para dar la señal a los demás. Como sus ojos no lograrían ver a cien zancudos aunque los tuviera encima, Herbert se había instalado un poco más cerca para ayudarla. El tiempo pasaba sin novedad. Gillie estaba cansada y comenzó a adormecerse con el aroma dulce de las tortas que ni siquiera podía probar



para que todo el olor fuera directo a las narices de los zancudos.

Mientras tanto los demás comenzaron a moverse. Estaban incómodos y helados, y dudaban si los delincuentes aparecerían esa noche. Tal vez toda la espera sería en vano.

Pasó una hora. Dos.

Gillie se levantó para estirar las piernas y las mariposas se precipitaron sobre ella.

—¿Dónde están? —gritó Johnny.

—¿Quiénes?

—¡Los zancudos! —gritó Emily.

—No hay ninguno. Me estoy levantando porque estoy cansada de estar sentada. A mi edad los huesos no resisten mucho tiempo en la misma posición, ¿saben?

—¡Basta de charlas! —gritó el sapo—. ¡Emily y Johnny, vuelvan a sus puestos!

Las mariposas regresaron a su escondite un poco avergonzadas y guardaron silencio. Pero a los pocos minutos comenzaron a pelear.

—Te dije que no era la señal —dijo Emily.

—No mientras, dijiste “ahora”.

—Te dije “ahora no”.

—Eres una mentirosa. Dijiste claramente “ahora” y por eso yo salí.

—¡Silencio! —las reprendió Benjamín.

Las mariposas se callaron, pero a los pocos minutos...

—¡No sé por qué decidí venir contigo!

—¡Porque no vas a ninguna parte si no voy yo, y no me dejas ir sola a ningún lugar!

—¿Ah, sí? ¿Qué vanidosa eres Emily!

—¿Vanidosa? ¿Ahora soy vanidosa? ¿Y tú...?

—¡Ya cállense mariposas tontas, van a echar a perder toda la operación! —gritó una luciérnaga.

—¡Aaaa chú!

—¡Y por qué no te callas tú, luciérnaga metiche!

—¿Qué no ves que estoy conversando con mi amiga?

—¡Aaaa chú!

—¡No soy una metiche, sólo quiero que se callen porque pueden llegar los zancudos y con sus gritos no vamos a escuchar la señal!

—¡Achú, achú, achú! —gritó Gillie desesperada porque con la discusión no habían oído la señal. Los zancudos la habían visto y se acercaban a gran velocidad.

—¡Pero mira quién es! —gritó Don— ¡la vieja hormiga con una canasta llena de comida!

—¡Tortas, qué sabrosura! —dijo Dan.

Los zancudos llegaron abajo, al tiempo que Herbert y el sapo lograron callar a las mariposas.

—¡Ah, pero la vieja no está sola! —dijo Din, dirigiéndose hacia el escondite en donde recién



discutían. Si los encontraba, saldrían huyendo. Había que actuar con rapidez.

—Soy yo, ¿se acuerdan de mí? —dijo Herbert apareciendo entre las plantas.

—¡Ah, la hormiguita cobarde y su abuelita, qué lindos! —gritó Don con ironía.

—Y tienen un canasto lleno de comida... ¡otra vez! ¿Nunca aprenden?

—¿No saben que no deben andar solas por estos lugares?

—Sí, dicen que en este camino ya no se puede andar...

—Sí, está lleno de zancudos, ¡ja, ja, ja! —gritó Don y metió sus patas en una de las tortas.

—Ustedes tienen algo que me pertenece —dijo Gillie con una inesperada confianza.

—¿Ah, sí? ¿Qué sería? —dijo Din.

—Los lentes de mi padre. Tú me los robaste —dijo indicando a Din—, y me los vas a devolver ahora.

Los tres rieron como si fuera el mejor chiste. Les llamaba la atención la osadía de las hormigas y su tono agresivo y confiado, no sospechaban que estaban acompañadas.

—Nunca devuelvo mis tesoros —dijo Din.

—Pero ahora me los vas a entregar —dijo Herbert poniéndose delante de Din.

—A ver, a ver, a ver, al parecer aquí hay una confusión —dijo Don mientras caminaba amenazante hacia el muchacho—. Aquí tú no mandas, hormigueta, ni tú ni la vieja. Entréguennos todas sus cosas ahora y corran, si no quieren terminar su picnic en el cielo de las hormigas.

—Eso es lo que tú crees —gritó Herbert, y levantó los brazos a modo de señal.

Las luciérnagas supieron que ese era el momento y salieron todas alumbrando con su mayor intensidad. Los zancudos al principio se encandilaron y luego trataron de huir, pero sin ver hacia donde.

—¡Es una emboscada! —gritó Don y se elevó rápido.

Dan estaba dedicado a la canasta con tortas y no se dio cuenta a tiempo de lo que pasaba. Entonces comenzó a correr y Gillie le hizo una espectacular zancadilla con su bastón. El zancudo se fue de bruces al suelo y varias luciérnagas le pisaron las alas impidiéndole volar.

—¡Benjamín, Don se escapó! —gritó Herbert. El sapo dio un gran salto y devoró al zancudo en el aire.

Solo faltaba Din, que con su afán de guardar siempre un tesoro de sus asaltos, se había retrasado al elevarse y no lo lograba porque estaba siendo cercado por las mariposas.



—¡No me hagan daño, no me toquen, por favor, tengan piedad de mí! —gritó Din.

—¡Déjenmelo a mí! —gritó Herbert decidido y lo agarró por una de sus alas—. ¡Mataste a mi padre, eres un desgraciado insecto que no merece nada...!

Gillie Lemus lo tomó por la otra ala y le arrancó los lentes de su padre y el pañuelo que había sido del padre de Herbert.

—¡Ahora sí! —dijo decidida— ¡hagan con él lo que quieran!

Las mariposas tomaron a Din con fuerza y lo levantaron del piso donde había caído llorando. A su lado pusieron al gordo Dan que ni siquiera intentaba huir, por el miedo que tenía. Benjamín Watson se acercó y los miró serios.

—¡Por fin los tengo, Din y Dan! ¿Tienen algo que decir en su defensa?

—¡Don nos obligaba a robar, señor sapo, nosotros no queríamos hacerlo, somos buenos zancudos, lo juro!

—¿Y también los obligaba a asesinar? —gritó Herbert furioso.

Los dos insectos no supieron qué responder. No había qué decir ni cómo defenderse. Los habían atrapado.

## Una sorpresa de sueño

**A**unque era de noche, todos en el pueblo esperaban a los valientes insectos y al sapo, y cuando los vieron, supieron que habían logrado su objetivo.

—¡Hurra! ¡Viva!, ¡Hurra! —gritaron todos al unísono.

Las luciérnagas aterrizaron en la plaza y se quedaron en círculo para iluminar la llegada de las hormigas, las mariposas, Benjamín y los zancudos. Muy pronto explicaron cómo había sido la captura y por qué sólo había dos zancudos.

—El otro lo devoré porque se estaba escapando. Creo que me dará una indigestión, pero será el último daño que haga —dijo el sapo entre risas.

—La señorita Lemus fue muy valiente —dijo Emily—, los enfrentó y le quitó a Din los tesoros que les habían robado en el bosque.



a estos lentes?... ¡La verdad es que sin ellos no veo nada!

Herbert se rió tanto que contagió a todos con su risa.

A la mañana siguiente, el chico asistió a su primer día de trabajo. La señorita Lemus le abrió la puerta. Llevaba puestos los preciosos y finos lentes que había heredado de su padre, con unos magníficos cristales.

—¡Señorita Lemus, sus lentes!

—Sigfrido trabajó toda la noche para que los pudiera usar de inmediato. ¡Es un tesoro!

—¿Es un tesoro?... ¿Sigfrido?... vaya, creo que el doctor no sólo le dará lentes...

—¡Ja, ja, ja! —rió Gillie muy coqueta—. Es verdad, no sólo me dará lentes. También me invitó a vivir en su casa, hasta que encuentre algún lugar donde hacerlo, aunque también dijo que le gustaba mi compañía y prefería que no me fuera. Además, es muy agradable, y le gustan mucho los libros, ¡tiene una biblioteca enorme!, y se encantó con mi conocimiento de infusiones y hierbas.... Y es muy guapo...

—Estoy muy feliz por usted, Gillie Lemus, realmente estoy muy feliz.

—Ah, pero eso no es nada. Espera a ver lo que el doctor tiene para ti.

—¿Para mí? ¡No necesito nada, solo quiero aprender!

—Ven conmigo, Herbert.

Gillie tomó de la mano a la hormiga y la llevó a la clínica del doctor Martín.

—¡Llegaste, Herbert! Te estábamos esperando para mostrarte algo que creo que te encantará.

—¡Le fascinará! —gritó Gillie.

Caminaron juntos al garaje de la gran casa. Herbert estaba curioso, pero tan emocionado que le temblaban las piernas. ¿Qué sería ese regalo?... ¿Por qué los dos cuchicheaban y se reían?

El oculista abrió el gran portón que daba a la calle y se hizo a un lado.

—Esto es para ti, querido Herbert.

Una maravillosa motocicleta roja con sidecar estaba estacionada y lista para ser usada. Brillaba tal como en sus sueños, pero era todavía más hermosa.

—Yo ya no puedo manejarla —dijo Sigfrido—, estoy un poco viejo para estos trotes, pero Gillie me dijo que tú descabas mucho tener una moto como esta. Tal vez de vez en cuando nos puedas llevar a pasear en el sidecar.

—¡Ahora mismo! —dijo Herbert y entró al garaje.

Con gran cuidado sacó la moto colorada y ayudó a Gillie y Sigfrido a sentarse en el sidecar.



Luego puso las llaves en el agujero y con su pie le dio el impulso para encender el motor. Tenía el sonido más bello de todas las motos del mundo, y era tan roja y tan bella que ninguna más sería mejor que esa. Se sentó en su acolchado asiento y comenzaron a moverse. El viento rozaba sus negras mejillas de hormigas.

La vida es buena, después de todo.

Vaya sí que es buena.

**F I N**